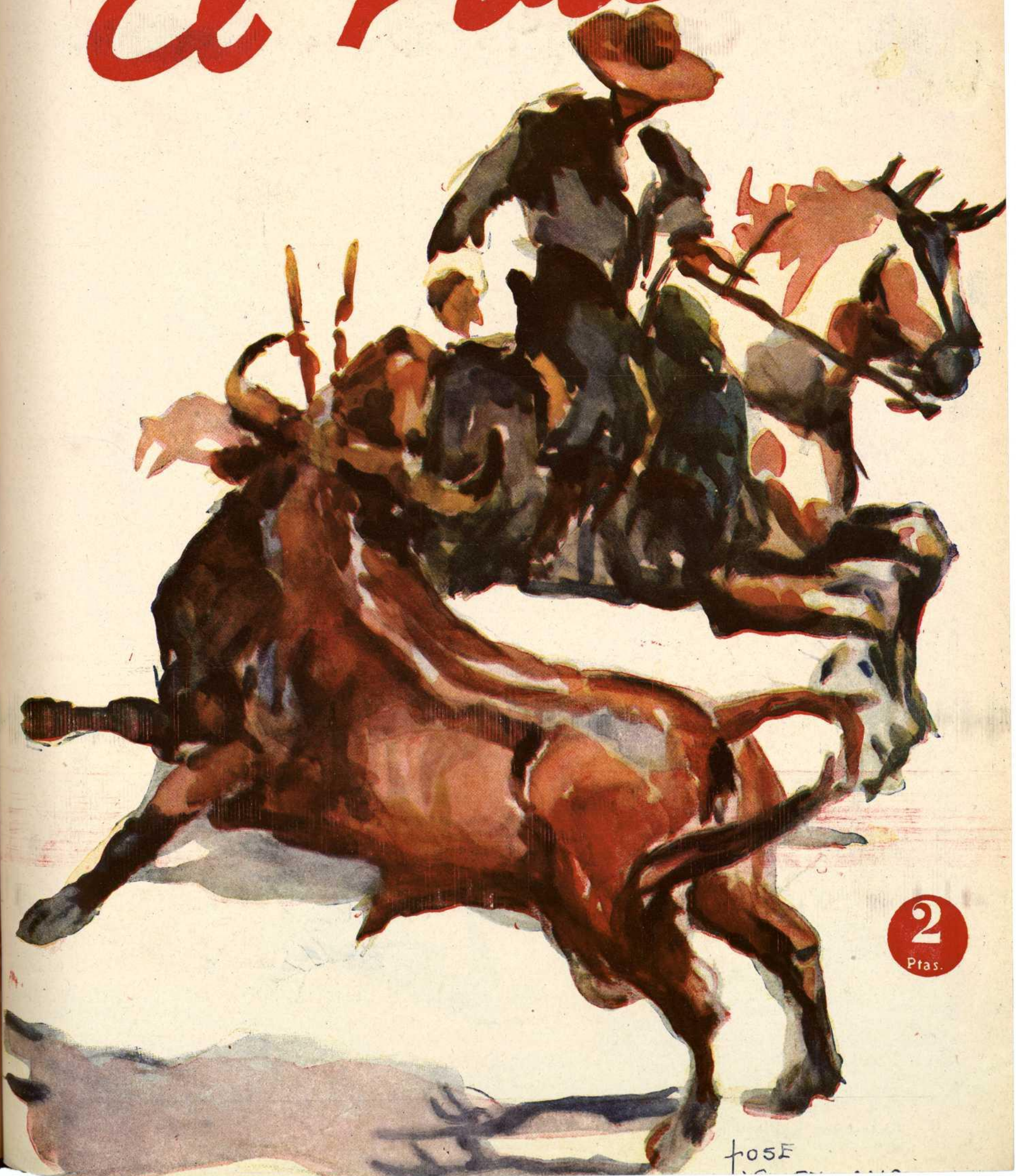
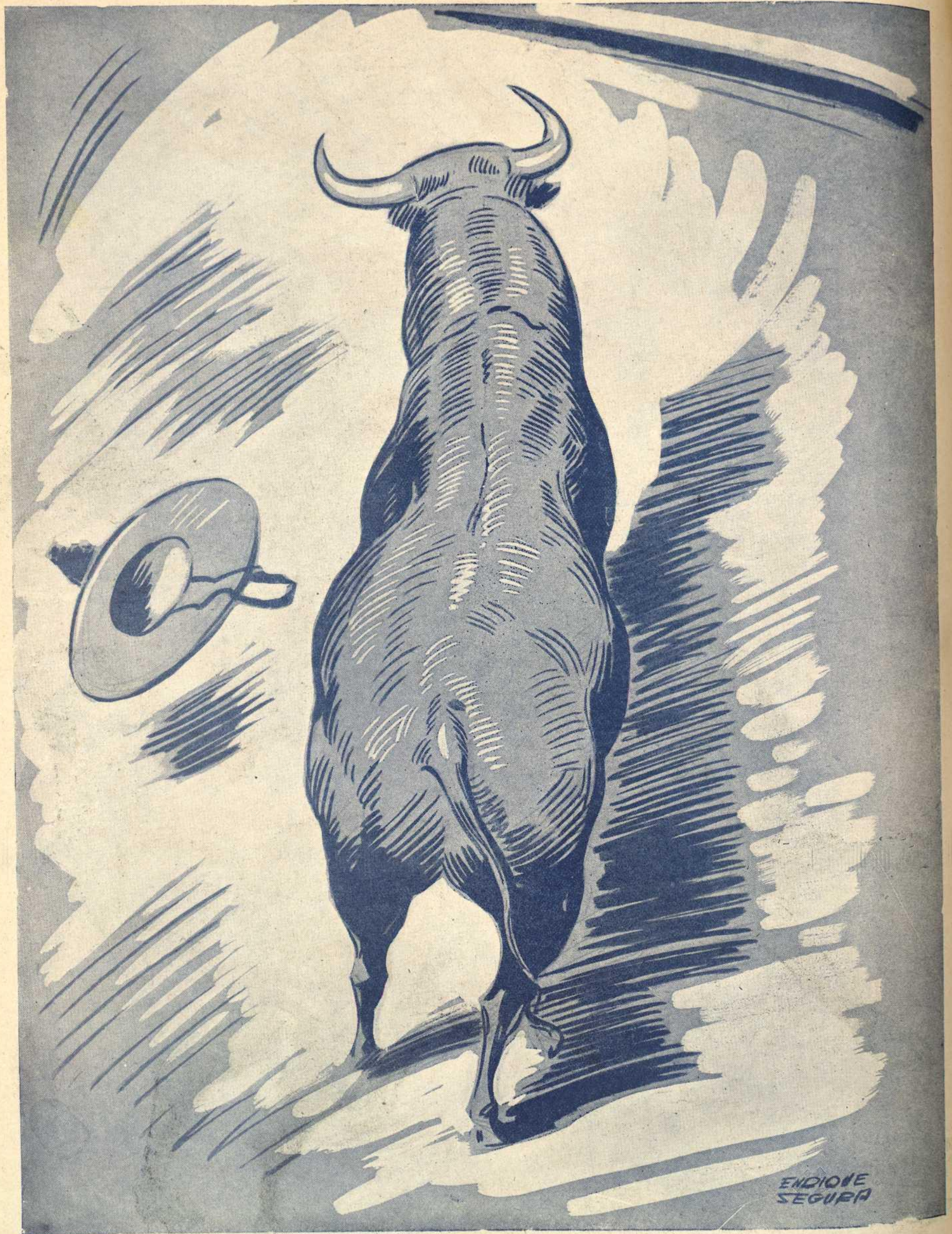


El Ruedo



2
Ptas.

JOSE



ENRIQUE
SEGURA

El toro, en la Plaza
(Dibujo de Enrique Segura)



El Ruedo

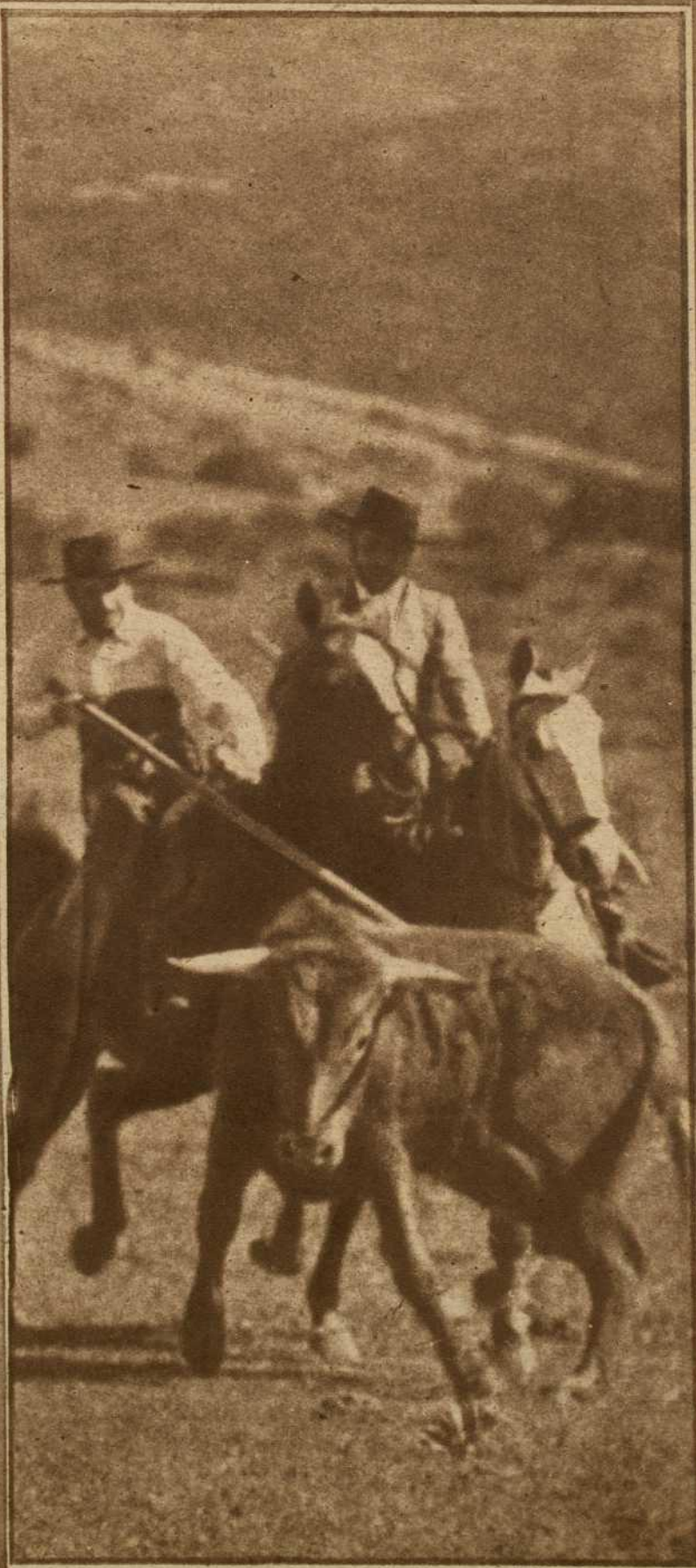
Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNÁNDEZ CUESTA

Año III -:- Madrid, 4 de abril de 1946 -:- Núm. 93



ACOSO, DERRIBO Y TIENTA EN VEGA BLANQUILLA
Alvaro Domecq es atendido por los facultativos de una lesión producida durante las faenas.—A la derecha: Momento de ser derribada una de las becerras. (Fotos Mari)

(Información gráfica en la página 24)



EL LAPIZ EN LOS TOROS

De la corrida del domingo en Madrid

Por ANTONIO CASERO



Curro Rodríguez, banderilleando y cógido a la salida del par que colocó a su primer toro.



El debutante José Montero, citando para torear al natural; en la ejecución de dicho pase y un gran muletazo de pecho, del mismo diestro, al sexto toro



ANTONIO CASERO #

Según dicen, ya se sabe que Manolete reaparecerá en España, en julio y en la Plaza de Barcelona, y que alternará con el cordobés, en esa corrida, el mejicano Armillita. Nos tranquilizamos. Manolete vuelve, y, por fortuna, no ha aceptado la disparatada proposición de la Empresa de Logroño. Han tenido suerte los logroñeses. Aunque... también se dice que Manolete no toreará este año en España. Esperemos.

Durante el invierno se habló de la alternativa de Rafael Martín Vázquez. Ahora llega la noticia de que en mayo embarcará para Méjico, en cuya capital va a torear cuatro corridas. Suponemos que a su vuelta de Méjico tomará Rafael la alternativa de manos de su hermano Manolo, y con Pepín de Testigo. Y entonces ya serán tres los Martín Vázquez matadores de toros, como los Bienvenida y los Dominguín.

El sábado, día 30, dió en los locales del Club Taurino Madrileño una conferencia sobre «El arte del toreo en la pintura española», el colaborador de EL RUEDO don Mariano Sánchez de Palacios. Ocuparon la presidencia: don Antonio Almagro, presidente de la Diputación; don José María de Cossío, presidente honorario del Club; don José Bellver Cano, vicepresidente efectivo del Club, y don Daniel Vázquez Díaz. El señor Bellver hizo la presentación del conferenciante.

Sánchez de Palacios dijo que el tema taurino ha sido cultivado por grandes pintores desde hace dos siglos.

Estudió luego la producción de Goya como pintor de temas taurinos, y a continuación se refirió a la fecunda labor de Villegas, Lizcano, Ferrant, Castellanos, Ruano, y muy especialmente de la de Roberto Domingo.

Al final de su charla, Sánchez de Palacios se ocupó de Solana, Zuloaga y Vázquez Díaz.

El conferenciante fué muy aplaudido.

El novillero Belmonteño se encuentra gravemente enfermo con pulmonía. Se sintió indispuerto cuando se dirigía a Bilbao para torear en aquella Plaza. Actuó el día 24 con bastante fiebre, y al regresar a Valladolid se le apreció principio de pulmonía. Deseamos su pronto y total restablecimiento.

DIA 31

En Santa Cruz de Tenerife se celebró una corrida de toros a beneficio de la Cruz Roja. Los hermanos Dominguín lidiaron reses de Belmonte. Domingo fué ovacionado. Pepe cortó dos orejas y un rabo. Luis Miguel cortó dos orejas y un rabo. Los tres fueron paseados a hombros.



Pepillo de Valencia

POR ESPAÑA Y AMERICA

Rafael Martín Vázquez, a Méjico. Exito de los hermanos Dominguín en Tenerife.—Pepillo de Valencia gustó en Zaragoza.—Cogidas de Curro Rodríguez, Gitanillo de Triana y Antonio Velázquez.

Hubo novillada en Madrid. Don Manuel Arranz envió seis novillos bravos y bien presentados. No gustó Ricardo Balderas. Curro Rodríguez, que toreó muy bien con el capote, fué cogido por el segundo al poner un par de las cortas, al cambio. Joselito Montero, que hacía su presentación en Madrid, dió cuatro naturales y uno de pecho magníficos, en el sexto. Montero demostró que conoce bien su oficio. Rodríguez, que sufre una herida grave en el triángulo de scarpa del lado derecho, fué hospitalizado en el Sanatorio de Toreros.

En Cádiz cortaron orejas Vifo y Cervera.

En Zaragoza lidiaron novillos de Villa Pepillo de Valencia, Bamala y Sierra. Los tres fueron aplaudidos, y Pepillo cortó la oreja de su segundo.

En Almería se lidiaron becerros de los herederos de Anastasio Martín. Peñitas estuvo regular. Rafaelillo cortó orejas y rabo.

En Lorca lidiaron novillos de Marín Bombita Chico y Blanco Chico. Bombita cortó oreja; el otro chico cumplió.

En la Placita de La Pañoteta, de Sevilla, hubo novillada sin picadores. Siete novillos, siete, para siete aspirantes a matadores de toros. Los espadas fueron: Antonio Díez de la Rosa, Alfonso Muñoz, Paquito Ruiz, Manolete de Triana, Manuel Navarro, Manolo S. del Valle y Mateo Simones, Chiclanero. El último oyó tres avisos, y Chiclanero, uno. Los otros cinco aspirantes siguen siéndolo.

En Lima, por cogida de Gitanillo de Triana en el segundo, hubo un mano a mano entre Jesús Solórzano y Manolete. Jesús Solórzano estuvo discreto. Manolete pasó sin pena ni gloria en su primero; fué siñbado fuertemente en el quinto, y al sexto le hizo una faena magistral, a base de naturales, manoletinias y molinetes, que fué presenciada en pie por el público. No tuvo suerte al herir al último toro que este año mata en Lima, y por ello perdió la oreja; pero su triunfo como muletero fué definitivo.

Gitanillo de Triana sufre una herida de 12 centímetros de longitud y de poca profundidad en la pierna izquierda. Afortunada-

mente, la impresión es que tardará poco en curar. De los toros lidiados, cuatro, peruanos, fueron broncos y difíciles; los otros dos, de la ganadería mejicana de Xajay, se dejaron torear.

En Méjico lidiaron toros de Carlos Cuevas los españoles Cagancho y Manolo Escudero y el mejicano Antonio Velázquez. El primer toro fué bueno, y los otros cinco, otros tantos bueyes. La entrada, muy floja, Cagancho, mal. Oyó un aviso. Manolo Escudero, que toreaba su última corrida de la temporada en Méjico, y que ha sido contratado para la próxima, no pudo lucirse, por las malas condiciones de las reses. Antonio Velázquez fué cogido por su primer toro, cuando hacía una faena muy valiente y adornada. La herida es grave. El cuerno le entró en la cara posterior del tercio medio del muslo derecho y le produjo una herida de cinco centímetros de extensión y dos de profundidad. Quedó al descubierto el nervio ciático en una extensión de cuatro centímetros, con desprendimiento del periostio de la cara del fémur en una zona de cuatro centímetros.

En Medellín (Colombia), El Soldado, que sustituía a Luis Gómez; Carlos Arruza y Alejandro Montañi lidiaron toros de Mondoñedo. El Soldado cortó las orejas y el rabo del cuarto. Arruza cortó las dos orejas y el rabo del segundo, y orejas, rabo y pata del quinto. Tal pata ha sido la primera que se ha concedido en Medellín. Montañi estuvo bien.

En Puebla (Méjico) se corrieron toros de Xajay. Gregorio García cumplió. Juan Estrada cortó cuatro orejas y un rabo, y Felipe González, una oreja.

En nuestra anterior relación de efemérides taurinas no consignamos —ya que no se recibieron noticias— el éxito alcanzado el pasado día 24 por Angelete en Méjico. Lo hacemos ahora. Angelete toreó con Cagancho, Antonio Velázquez y Cañitas la corrida a beneficio de la Asociación de la Prensa.

Angelete, que hacía su presentación en El Toreo, cortó orejas y ganó el trofeo que otorgaban los periodistas mejicanos al triunfador de la corrida.

Mario Cabré, que fué operado hace unos días por el doctor Zumel, ha sido dado de alta. Celebramos el feliz resultado de la intervención.

B. B.



Rafael Martín Vázquez



Luis Miguel Dominguín



Pepe Dominguín



Antonio Velázquez



Gitanillo de Triana

PREGON DE TOROS

por JUAN LEON



FUI uno más en aceptar, desde que abrí los ojos a la afición taurina, que la Plaza de Toros de Madrid era la Meca del toreo. Realidad es indiscutible respaldaban este criterio, ya que a través de los tiempos no surgió diestro alguno que no cifrase su máxima aspiración en obtener el

aplauzo de la afición madrileña. Todos sabían que sin este refrendo había muy poco que hacer. Pero, es el caso, que por distintas causas esa su primacía, esa calificación de Meca del toreo que se otorgaba a Madrid, no es exacta en nuestros días, aunque tampoco corresponda a otras Plazas.

Un admirado colega, Areva, en un artículo publicado en "Madrid taurino", sostiene la teoría —sólo teoría— de que Madrid es aún la Meca del toreo. Aduce para ello la "existencia de un numeroso sector de entendidos aficionados, que no pasan por movimiento mal ejecutado y una crítica, bondadosa en general, pero competente y de mucho peso..."

Añade mi admirado colega que en Madrid existe una formalidad reglamentaria, desacostumbrada en otras Plazas, que trae como consecuencia, entre otras cosas, el que los toros se presenten con el peso exigido.

Absolutamente conforme en este punto, discrepo de los anteriores, por lo siguiente: en primer lugar, ese sector —no tan numeroso como cree Areva— de entendidos aficionados, "que no pasan por movimiento mal ejecutado", posee tales facultades traslaticias, que se marcha adonde quiera que se celebre la corrida que le interesa, sin preocuparse lo más mínimo de la que se dé en Madrid, y, en segundo lugar, esa crítica bondadosa de competencia y peso, cambia sin vacilación alguna la Plaza de las Ventas por la de Toledo, Valdepeñas, Villar del Arzobispo, o cualquiera otra, por insignificante que sea, con tal de que en sus carteles figure siquiera uno de los diestros de clase especial.

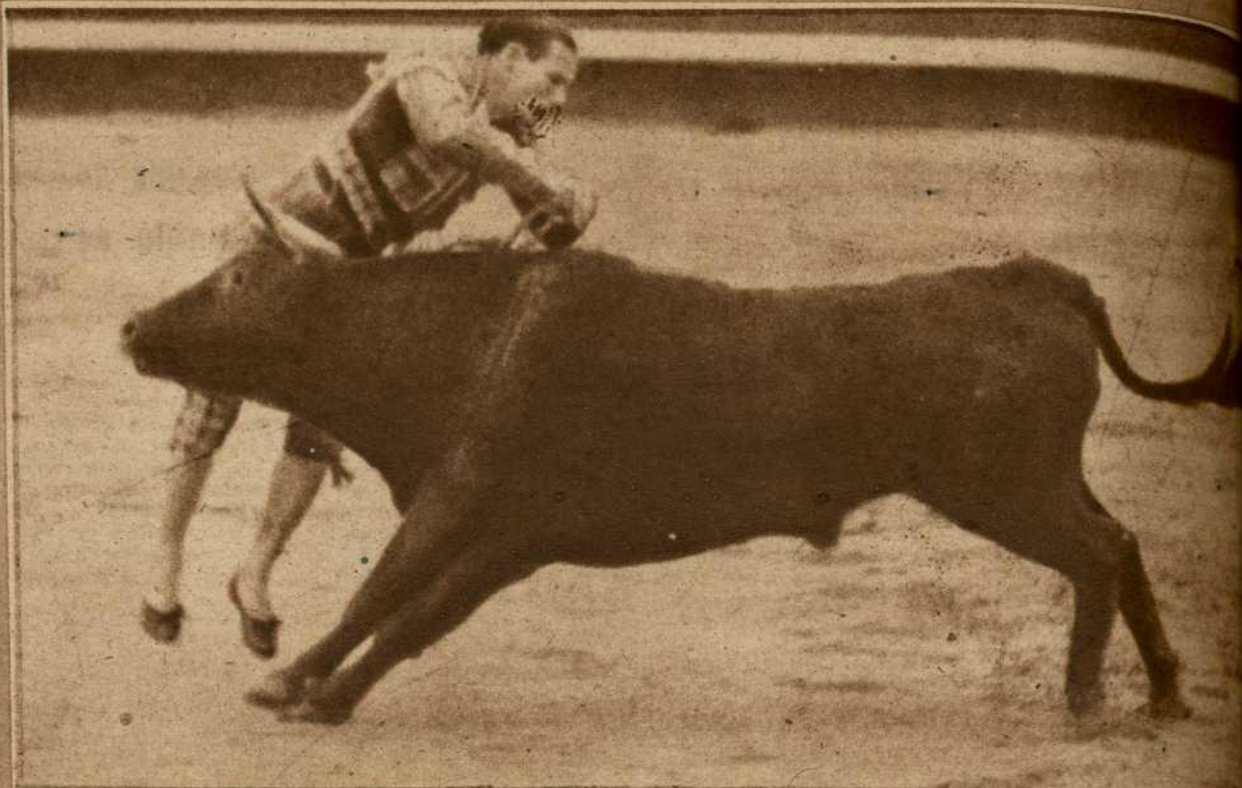
Así las cosas, querido Areva, es necesario reconocer que a diestros y ganaderos les importa poco —o nada— la Plaza de las Ventas, porque en Vitigudino mismo obtienen los aplausos de esos aficionados de solera, y en Madrid, en los periódicos de Madrid, encuentran las crónicas tan codiciadas de esa crítica "bondadosa, pero, competente y de mucho peso".

Deduzco, pues, que la Meca del toreo no está, por hoy, en parte alguna, sino deambulante de Plaza en Plaza, sin que la de Madrid cuente para nada en hacer o deshacer, como lo prueba el hecho indiscutible de que en estos últimos años se hicieron muchas reputaciones de diestros que no pasaron por la Plaza de las Ventas.

Y que no se diga que fueron reputaciones tan solo en el papel, puesto que lo fueron en la realidad artística-económica de torear medio centenar de corridas en una temporada.



LA NOVILLADA DEL DOMINGO EN MADRID



Momento de la cogida sufrida por Curro Rodríguez, al clavar un par de banderillas cortas



Otro momento de la faena de muleta de Montero



Curro Rodríguez, en el tercio de quites de su primer toro

Hay en el tendido un amigo del alguacilillo de los bigotes, a quien éste saluda siempre con tanto respeto como al presidente. ¡Qué importante debe ser ese señor! A todos nos intriga el pequeño enigma.

BANDERILLAS DE

Por RED

Existe un valor claro en los toreros y un valor sobrentendido en los toros. Cuando un bicho sale corajudo y alegre, despierta tanto el entusiasmo como una buena faena.

El cielo nuboso, con una luz lívida, zuloaguesca y solanesca, hacía presentir la cogida. Los tendidos tenían color de tierra, a causa de las gabardinas.

Francisco Rodríguez, o, más exactamente, para distinguirlo de la larga serie de toreros que se llaman así, Currito de Cádiz, llevaba un traje de azul ultramar. Y había levantado la tempestad de los aplausos al ceñirse con el capote de un modo escalofriante. Cuando después se cerró la salida en un lance de rodillas, adivinamos el drama próximo.

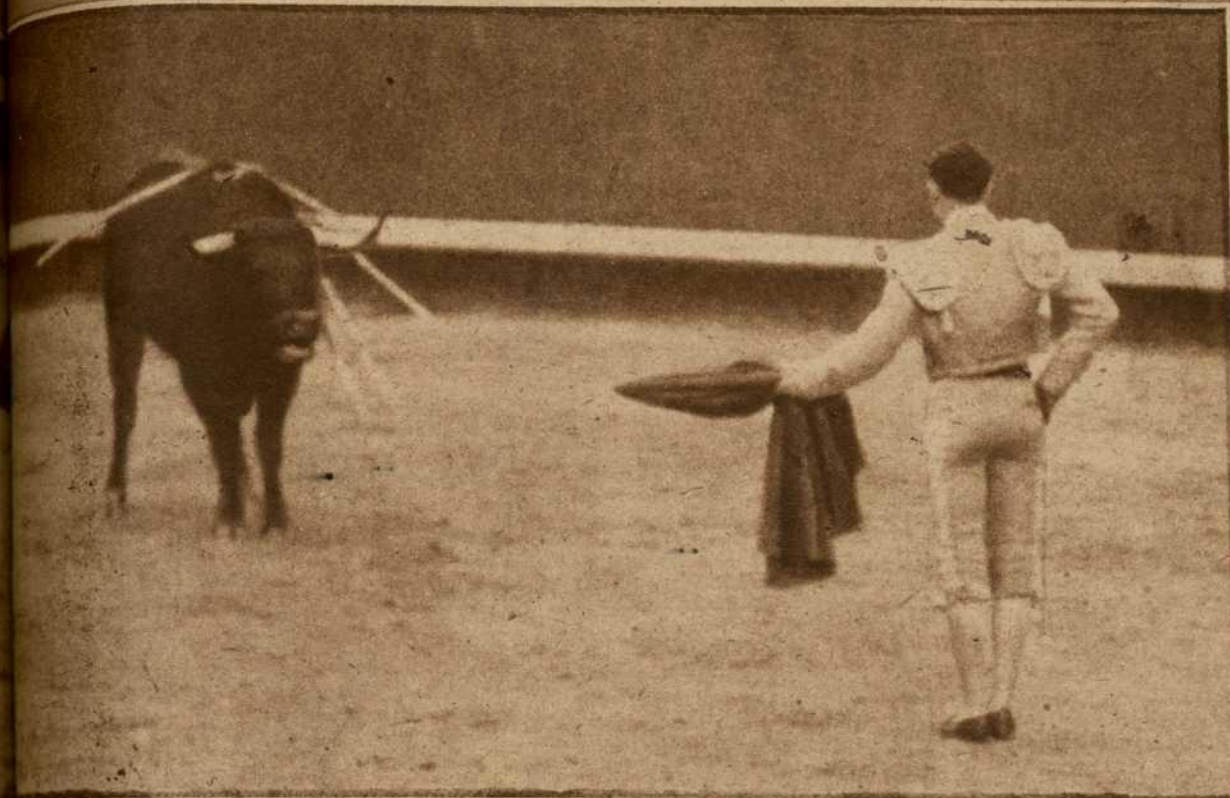
Currito cogió un par de las cortas, citó al quiebro en medio de la Plaza, y... ya no vimos sino la cornada y la sangre. La ovación le ayudaba a soportar el dolor de la herida.

Balderas fué, con el capote y la muleta, el novillero-exprés; pero con el estoque no pasó de modesto mercancías.



Ricardo Balderas

Seis de MANUEL ARRANZ para RICARDO BALDERAS, CURRO ROBRIGUEZ y JOSELITO MONTERO



Joselito Montero, con la muleta plegada en la izquierda, cita para torear al natural

La semana en las Ventas

Conclusiones personales

ESTA semana de ocho días, en la que incluimos retroactivamente el domingo inaugural, ha sido un plazo de comienzos, en el que la mayor virtud está en los primeros sonidos de la orquesta taurina madrileña. Comienzos y sonidos todavía leves, todavía muertos, todavía desajustados, reducidos, en suma, a dos novilladas sin mayor trascendencia que la de llenar el vano de las fechas que faltan para la Pascua. Sobre sus carteles se han deducido los siguientes resultados:

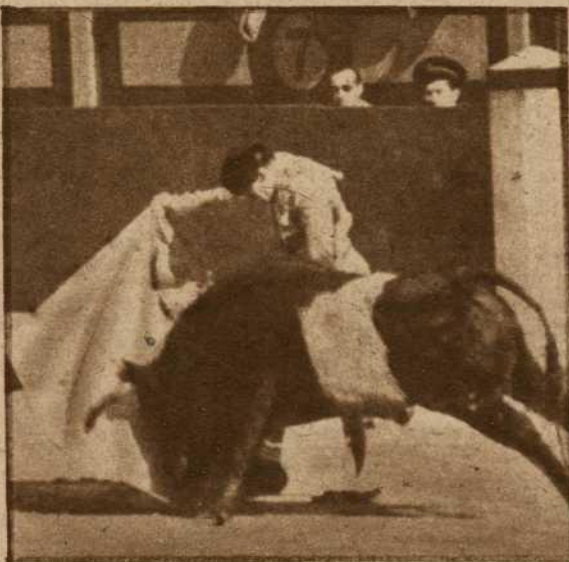


- 1.º Los precios de las localidades han sufrido aumento.
- 2.º El público no está claro en cuanto a su asistencia.
- 3.º La Empresa ha corrido —al César, lo suyo— buen ganado. Con mucha ventaja a favor del hierro de Arranz, bien presentado, bravo y con genio.
- 4.º La entrada en suerte del picador reserva ha producido un espectáculo circense, pero sin demasiada gracia. Sacan unos caballos magníficamente adiestrados en caerse al roce y en no levantarse hasta el clarín de las banderillas. No ha fallado la gracia en uno solo de los doce novillos. La exigencia del reserca implica otra cosa en caballo y caballero, o, mejor dicho, cabalgante.
- 5.º Las cuadrillas han hecho su oficio con discreción unos y como pudo el resto. Entre este resto se halla un peón de Montero, de lila y negro, a quien los de Arranz metieron incontables veces en el callejón. La gente se empeñó, algo regocijada, en que la habían tomado con él, cuando era su capote el que se los echaba encima.
- 6.º El matador Dionisio Rodríguez oyó el primer aviso de la temporada. Nada quiere decir, empero, en contra de una actuación discreta, mejorada en otro novillo, sino de la mala suerte de tropezar con un manso que le desconcertó.
- 7.º El matador Boni, enterado, se limitó a cumplir.
- 8.º El matador Francisco Rodríguez, de Méjico, torea a mantazos con el capote. De tipo desgarrado, sólo en bueno puede hacerse aplaudir. Buen muletero, su labor con la izquierda, base de su faena, y matar con prontitud, le valieron la única oreja hasta ahora de la temporada.
- 9.º Su compatriota Ricardo Balderas, de exuberantes facultades, no quiso exponer nada, sino defenderse.
10. Curro Rodríguez, el gaditano, fué decidido al dilema triunfo-cornada, que es el legítimo de los que empiezan.

11. De Joselito Montero hay que decir cosas contradictorias. Cayó con simpatía en los tendidos, por un lado. Está enterado; tan bien enterado, que su movilidad le busca ventaja. Cae en la escuela que tiene por maestro a Pepe Luis Vázquez. Logró unos naturales de clase, bien porfiados. Mata mal. Puede ser torero si despega los brazos y se reposa en el planceo.

Y nada más por hoy, amigos.

EL CACHETERO



Balderas torea de capa a su primer toro



Un lance de frente por detrás de Balderas (Fot. Baldomero)

LLAS DE FUEGO

Por REDO MARQUERIE

Montero se enco- rajinaba con los peones; pero no tenía razón. Ellos eran los que sabían poner el

novillo en suerte y llevarlo de una a otra parte.

Hay que decir, en honor de Montero, que escribió un capítulo nuevo: «De cómo se arrancan a la fuerza, y aunque el bicho no quiera, los pases naturales».

El quinto novillo no cesó de bramir y mugir. Parecía que se había tragado un claxón.

Hubo un peón vestido de morado a quien se- guían tozudamente todos los novillos. Se llevó los



Curro Rodríguez



Joselito Montero

debe ser gma.

valor so- ale cora- como una

guesca y didos te- as.

para dis- uman así. ramar. Y os al ce- llo. Cuando illas, adi- ama pro-

ó un par- citó al- dio de la- no vimos- y la san- n le ayu- r el dolor

é, con el- muleta, el- res: pero- e no pasó- ercancias

Los aplausos al toro en el arrastre pasan sin transición a la pita al torero. Es el eterno contraste, la alegría y el dolor, el sol y la sombra, clave de nuestra fiesta.

Los caballos se sientan en la arena exactamente igual que las estirpes egipcias.

HACE MAS DE TRES SIGLOS YA SE CONOCIA EL "ESTRAPERLISMO" TAURINO

ESTAN ustedes, queridos lectores, completamente equivocados si creen que la reventa clandestina de los billetes de toros es cosa de hace pocos años.

Este «estraperlismo», que pronto hará acto de presencia con motivo de la temporada taurina que se aproxima, data nada menos que del siglo XVII.

Con motivo de las fiestas reales de toros, celebradas en la Plaza Mayor de Madrid el 26 de julio de 1636, un cronista de ellas se lamentaba de lo difícil que era encontrar una cédula para presenciar la función.

En aquella época los espectáculos taurinos dividíanse en dos partes.

Limitábanse durante la mañana al encierro y acoso, con garrochón, de las reses, que después morían desjarretadas, y por la tarde se desarrollaba la fiesta con todo ornato, bazarra y compostura.

A los moradores de las casas se les dejaba por la mañana libre el uso de los balcones, embargándoseles por la tarde todos los huecos de las viviendas, que por medio de «cédulas» repartía el Consejo.

Esto no obsta —decía el cronista— para que los logreros hagan mercadería de lo que como regalo toman, llegando a pagarse crecidas sumas por una ventana, sobre todo de las del portal de Pañeros, que por tener sombra son las más codiciadas.

Yo —continuaba— lo que pude lograr fué un asiento en uno de los tablados levantados a costa de los carpinteros de la Villa, delante de la Pretinera, y esto pagando por él hasta «tres reales de a ocho», dándome por satisfecho de la merced que se me hizo de que éstos no fuesen de «plata vieja», pues por más que las pragmáticas marquen minuciosamente el valor que de los andamios deben tener, sabido es que en nuestra Corte siempre se dieron pragmáticas para no ser cumplidas.

Según queda demostrado, — el «estraperlo» era antaño — negocio de vividores — como está ocurriendo hoy.

DON JUSTO



La artista cinematográfica Malú Gatica entregando, el día 3 de marzo en Méjico, a Manolo Escudero el trofeo que los críticos taurinos le otorgaron por el mejor quite de la temporada.

Manolo Escudero, que el pasado domingo toreó la corrida de su despedida en la actual temporada en Méjico, ha sido contratado para actuar en aquellas Plazas en la temporada próxima.



Y
MACHARNUDO

Inocente
es el vino para coppear

VALDESPINO
JEREZ

A PUNTA DE CAPOTE

LA ULTIMA CAPEA

LA capea, bárbara versión así llamada, aún subsistía en pueblos y lugares del agro español hasta muy entrado el siglo XX. Huelga decir que estas expansiones, de un ruralismo borracho de sol y sangre, no tenía por víctima al toro o novillo, martirizado a mansalva desde ventanas y talanqueras, sino que otra víctima más noble —la cultura popular— caía maltrеча en cada festejo sanguinario. Si se pudiera computar el número de muertes ocasionado por las capeas, quedaríamos aterrados por su lectura espeluznante. Tampoco hay que añadir que el espectáculo de la crueldad colectiva, en estas explosiones del instinto, infería grave daño al prestigio de la auténtica corrida de toros cuando ésta se autoriza con todas las garantías imaginables. Dichosamente fueron suprimidas las capeas, y su práctica funesta corresponde hoy al recuerdo. A un mal recuerdo...



La última que mueve nuestra pluma, con la visión macabra de su trágico desenlace, tuvo lugar en el vecino pueblo de Collado Villalba, a mediados de junio de 1928. En puridad, no se trataba exactamente de una capea, puesto que figuraban en el anuncio modestos toreros profesionales, muchachos abnegados que, por una loca afición o un hambre loca, toreaban reses *toreadas* mediante el míserimo estipendio que les llegaba de sórdidos intermediarios. Estos toros o novillos, de un sentido peligrosísimo, viajaban, como los toreros, de lugar en lugar, en ahorro de pesetas para los mediadores y despillamo de perances para los toreros. Digamos, sin embargo, con estricta justicia, que la capea, de funesta recordación, aquí comentada, fué un espectáculo mixto, una *novillada-capea*: novillada, como hemos dicho, por el cartel y los vistosos trajes de luces; capea por la deficiente organización de los pueblos, con su típica falta de sentido previsor en lo elemental, hasta el punto inconcebible de no prevenir un médico para salvaguardar la vida de los toreros en los peores instantes...

Imagine el lector una Plaza —digámoslo así— que ni siquiera es ruedo, por describir un ángulo peligrosísimo para la lidia; complete la estampa con un improvisado graderío de tablas, siempre propicio al hundimiento, según la desbordada pesadumbre de una multitud espesa y viscosa; añada una barrera o talanquera de forma irregular, construida con gruesos travesaños de madera, que dejan entre hueco y hueco grandes espacios libres; dibuje, acucado en el ángulo, un toro negro, feo, marrajo, de veintinueve arrobas, cuerna tremebunda y avizores ojos de taimada intención homicida; agregue a esta somera mancha de aguafuerte el clamor orgiástico de una multitud ávida de sensaciones, que pide a los toreros *que se arriemen*, y tendrán una remota idea de lo ocurrido a las puertas de Madrid en aquella tarde estival de 1928.

El primer momento de la tragedia ocurre cuando Pedro Díaz, Pedrín, joven banderillero de la cuadrilla de Antonio Díez, Morenito de Madrid, logra, con precauciones indecibles, clavar un par de banderillas: el toro, como un rayo, le persigue, y el muchacho, sintiéndose cogido, intenta refugiarse en un burladero; mas está tan comandado de mozos pueblerinos y es tan denso el obstáculo que le ofrecen, que tiene que sucumbir con una cornada que le penetra por el muslo y le sale por el vientre. Cogida necesariamente mortal, por los desgarros irreparables que produce. Retirado el infeliz banderillero, continúa la fiesta como si tal cosa; pero de nuevo asoma la fatalidad su cara de Medusa: un mozaibete, situado tras la talanquera, pretende arrancar una banderilla: el toro, rápido, introduce el testuz por un hueco de los travesaños, y engancha al desgraciado por la garganta,teniéndolo así suspenso como de la picota medieval las cabezas de los ajusticiados. Este espectáculo es tanto más horrendo cuanto que es imposible librar al muchacho de su martirio y conseguir que el toro saque la cabeza del cepo donde la ha metido. Morenito de Madrid se juega bravamente la vida coleando al toro contra el ángulo sin salida posible. Al fin, el herido cae pesadamente en tierra, y es llevado en volandas a una casucha sita a espaldas del graderío de tablonas. Allí le abandonan en un camastro, donde muere a los pocos instantes. En la misma pieza, y en otro petate, agoniza el banderillero Pedrín. No hubo médico...

En el exterior, el toro asesino queda vivo cuando los toreros aun bregan con él en las primeras sombras de la noche...

¡Tal fué la última capea!
Al día siguiente, comentado el suceso por la Prensa de Madrid, suprimía el Gobierno paternal de Primo de Rivera la diversión vergonzosa de las capeas en toda España.

FEDERICO OLIVER

Sensible catástrofe para la bibliografía taurina



Primer grupo de libros, sobre técnica y más cosas, que rondan con la filosofía

A los Carmenas, Ybarras y Arqueros de hoy. - EL REPORTERO

CUANDO Finezas hijo, ante Finezas padre, depositó en mis manos pecadoras las cuatro fotografías históricas que dan fe de estas líneas, llorábamos los tres desconsoladamente. Sobre Valencia se cernía la nube rojiza y siniestra de la noche de la «cremá», estremecida de carcasas. Eran las dos de la mañana. Habían terminado las fallas y estaba consumada la catástrofe. Las fotos, solamente, guardaban el recuerdo de su magnitud.

Inútiles del todo habían resultado nuestros esfuerzos por evitarla. Desalentados, como locos, nosotros habíamos corrido todo el día por los centros neurálgicos de la afición valenciana, tratando de amotinar a la gente del toro. Por los corrales de la Plaza, por el hotel de las cuadrillas, por los cafés de los taurinos. Por todas partes y sin éxito alguno. Queríamos salvar de las rigurosas reglas de la quema un lote de libros, único en su clase, que los organizadores de la falla del Mercado habían aportado a su maravilloso monumento (primer premio). Pero, repito, todo en vano. Nadie nos ayudó. No se ama al libro. A última hora tuvimos que consolarnos con que Finezas hijo, con la bendición de Finezas padre, le hiciera a la estantería cuatro o cinco disparos desde lejos, como el que hace la mascarilla de un difunto. Y que desconsolarnos, luego, contemplando la pira en donde sucumbió tanta riqueza. Quede a salvo, por tanto, nuestro esfuerzo ante el Tribunal de la Historia y limitémonos ahora, ante lo irreparable, a detallar en lo posible la papeleta de defunción —la ficha bibliográfica— del lote.

¿Dónde diablos estaban esos libros? ¿Quién era su dueño? ¿Qué mala tentación inspiró a su donante la entrega de ellos al fuego purificador? Vale más ignorar todo eso. El hecho es que, encuadrando el sector norte de aquella magna falla titulada «Negociología», enmarcando la estampa taurina y caricatural de ese sector (los otros dos sectores, levante y poniente, se de-

En la «cremá» valenciana de 1946 han perecido dos docenas de «ejemplares únicos». — Registro del lote para los futuros catálogos y significado de su hora taurino-literaria

dicaban a su vez al boxeo y al fútbol, mientras que el sur o último estaba el contraste de la indigencia vergonzante con que vive la gente de estudios), un par de docenas de libros de toros, encuadrados a gran lujo, lucían sus lomos al sol de los «chés». Lucían sus lomos y difundían su irresistible tentación al bibliómano, porque —¡esto es lo gordo!— se trataba, uno a uno, de ejemplares únicos. Ni Carmena, ni Arquer, ni nadie más, lo tiene en sus catálogos. Y si no, vamos a verlo.

Comenzaremos por el toro: *Marqués del Cordero, Cria de reses brabas* (sic); *Manso del Corral, El toro de lidia*; *Don Eduardo Choto, El ganado de moda*; *Conde de la Cabra, Manual del Ganadero*. ¡Eh! ¿Qué tal? ¿Son buenos o no son buenos? Identifiquenlos ustedes en las fotos del margen, en cuanto a sus características, y por si alguno se escapó de los disparos de Finezas, sepan que había algunos más sobre ganado: *Tamaño del bou, El toro y su esqueleto* y *El toro lechal, toro de lidia*. No sé si faltan todavía.

En cuanto a técnica del oficio, escuchen ustedes: *Porigueta* (Pulguita de Triana, *¿Quiere usted hacerse torero?* Eso, para empezar. Que luego, sin especificación de autores, estaban los siguientes: *Arte de disimular el miedo, Ventajitas del toro pequeño, El toreo ante el espejo* (señores, ¡vaya bastón!), *El picador y sus ventajitas, Estudio del sablazo*, y no sé tampoco si alguna cosilla más. Pues ¿y de memorias? De memorias,



Otro estante, en el que campea ya la autoridad de Lagartijo

un carro. Con autoridades y todo, y si no se me cree, véase la muestra: *Joselito, Yo corbraba tres quinsets* (reales; debía ser edición valenciana); *Lagartijo, Aquellos toros con cuernos*. ¡Qué dos botones!, ¿no es verdad? Parecen botones de fuego. Pues todavía más cosas, en las que es una lástima que los teltelios no dijieran el nombre de los autores: *Corridas de toros y de toreros, Mi estoque de palo, Mis toreros de mi alma* y *Talequillas y puntillas*. Y otra más de propina (y de buena propina): *Al sol, no*, que serían quizá las memorias de algún aficionado retirado de sombra a... su casa, en virtud de los precios prohibitivos del tiempo.

Como remate de lo inventariado, nuestro bibliófilo fantasma del pie del «Miquelet» aun tuvo y ofrendó a la orgía de fuego valenciana lo que pudiéramos llamar sección de Humanidades: *Historia del arte cañi* y *Los cuernos y sus peligros*. Con *El miedo, la sports y la música*, que ya parece cosa de filosofía. Y la obra de *Mújica, Pasodobles toreros*, de erudición evidente o de simple recopilación que nos hubiera facilitado ahora la solfa o los compases con que alegrar el arrastre de las presentes cuartillas.

Pero ni ese consuelo nos queda. Todo ardió y crepité en la nefasta noche levantina del San José de este año. Cuando se indultó a «Cantinflas». Las dos docenas de volúmenes que dejo reseñados para salvar el bache bibliográfico de esta sensible catástrofe —y la insana curiosidad de algún ratón de biblioteca— perecieron allá. Que las letras del toro me agradezcan el índice. Y que no dude nadie de que esas ediciones, de único ejemplar, existieron un día.

Yo vi consumirse esos libros sin conseguir salvar ni una viruta. Lo juro por mi honor. Y por si aún no se me cree, porque hoy se sospecha de todo, apporto prueba gráfica. La que me dió Finezas hijo, ante Finezas padre, aquella madrugada en que llorábamos los tres.



Ganado; tema preferente. Con su pisapapeles alusivo



Cornisa final de los libros que nunca encuentran su sitio

(Fotos Finecas)

R. CAPDEVILA



ROMANCES DE LA TORERIA

MANUEL GRANERO

Por RAFAEL DUYOS

Para Eduardo Palacio-Valdés

ERA torero en la arena
y era torero en la calle.
Vivo y muerto le siguió
un cortejo de cantares.
Era torero hasta haciendo
sonar su violín fácil,
con un Toselli romántico
preso en la prima impecable.

Alamedas de Serranos,
El Grao Las Torres de Cuarte.
El Matadero. Ruzafa.
La Lonja. El barrio del Carmen.
¡Qué dulces itinerarios
de los años colegiales!
Una Valencia de nácar,
conservatorio y romances;
mientras suena la guitarra
de Tárrega, va acunándole...
¡Ay, Manolito Granero,
violinista de un levante
de acequias que cantan solas
sin que las afine nadie,
con el gran bordón del agua,
los viejos lamentos árabes...!
¡Ay, Manolito Granero,
delfín de los arrozales,
capitán entre naranjos,
rey de las músicas suaves!
Toda Valencia quedó
prendida en tu breve talle,
cuando por ruedos de Iberia
tu Valencia paseaste
hecha mayo siempre en flor
en tu capote fragante.
Eras torero en la arena
y eras torero en la calle...
No hubo mocita en España
que no guardara tu imagen
escondida como estampa
del devocionario frágil...
Valencia tuvo un torero
cuando no lo tuvo nadie...
cuando, después de Gallito,
subiste al trono vacante,
mientras rondaba a Sevilla
un Guadalquivir de ayes,
porque José estaba muerto
sin que nadie lo heredase...
¿Qué suerte no fué tu suerte,
qué tercio no superaste,
qué mujer no te adoró,
qué Plaza no vió tu arte,
qué público no te quiso,
qué toro no dominaste...?
Un toro. Sí. El que te dió

la muerte... Pero esa tarde,
era la mano del cielo
—no las astas delirantes—
la que te llevaba en alas
de los músicos arcángeles
sobre nubes de un Madrid
borracho de jalearte...

¿Qué música te distrajo,
qué dulzaina, con qué «albaes»
sopló en la muleta el viento
de tu sino, destapándote...?
Un abanico nubló
grito y mirada de amante,
cuando el toro Pocapena,
dando al viento sus puñales,
quebró tu griega apostura
sobre el estribo de sangre
entre un corro de capotes
y manos alucinantes...
Pero al quite... ¡estaba Dios!
¡Los hombres llegaron tarde!

¡Ay, Manolito Granero!
Cuando fueron a enterrarte,
la Virgen celos tuviera
de no ser Virgen y Madre,
viendo más lluvia de flor
que en su procesión triunfante,
viendo más rosas, aun más
rosas, sobre tu cadáver,
aun más rosas todavía
que las que hay en sus altares...

Eras torero en la arena
y eras... torero en la calle...
—pínel, seda, melodía,
bronce, rosal y desplante—...
¡Ay, Manolito Granero!
Las caracolas del Mare
Nostrum gimieron por ti
llevando luto a las naves,
y el Miguelete dobló
sus campanas funerales,
y la cruz de las barracas
fué más Cruz aquel instante,
y la jota de la huerta
fué soleá irremediable
cuando en hombros de tus hombres,
muerto, Valencia cruzaste,
como un Apolo caído
frente a una Atenas sin mármoles...

Un violín; lloró, solo,
sin que lo tocara nadie...

Madrid, otoño 1945.



ANTONIO CASERO

Una efemérides brillante del toreo

A los quince años de la alternativa de ORTEGA

Por DON INDALECIO

ERA el 7 de marzo de 1931. Pocas veces me he embutido en un tren, con muy sobrados trescientos kilómetros por delante, con mayores ilusiones, aunque el viaje no tuviera otro fin que el de presenciar una corrida de toros. Pero tanto, con tanto entusiasmo y tanta solvencia nos habían hablado los buenos críticos barceloneses de un desconocido novillero que se llamaba Domingo Ortega, desde unas famosas novilladas otoñales de 1930, con entusiasmos no decaídos durante el invierno, que a Barcelona concurrirnos críticos y aficionados de toda España, en la seguridad de que la fiesta de toros anunciada para el día 8 de marzo iba a constituir una efemérides recordable por los aficionados vanidosos que gustan de afirmar, cuando se comenta, al correr de los años, un triunfo, una alternativa, una cogida mortal: «¡Aquella corrida la vi yo!».

Se trataba de un caso quizá único en la historia del toreo: el paso a la alternativa de un novillero que no tenía precedentes toreros en la familia, de esos que facilitan la asistencia a encerronas, a tentaderos, al conocimiento teórico-práctico del oficio, y que contaba en su haber con una hoja de servicios tan sin importancia que apenas lograba la suma de docena y media de novilladas en no muy buenos sitios. Lo que desubría el caso excepcional eran las cuatro novilladas de Barcelona, de éxito tan rotundo, con críticas tan veraces y tan sólidas de adentro, que en el resto de España «creímos sin ver», y más nos afirmaba en nuestra creencia la aparición de los primeros arañazos de los «taurinos» envidiosos, que era de suponer no iban a malgastar sus uñas en cosa que no lo valiera.

¿Matador de toros con tan exiguo bagaje? ¿Matador de toros sin haber toreado de novillero en Madrid? Los puros y dinásticos comenzaron a rasgar sus vestiduras: aquello no podía ser, no podía tolerarse, y bien haría la Providencia en echar una manita a la sesuda Afición —con mayúscula, para mayor solemnidad del acto—, proporcionando un fracaso al aventurero de cierto pueblecillo castellano —¿Borox? ¿Y dónde caía eso?— que se atrevió a desafiar las iras de los tradicionales. Antaño, la carrera taurina se cursaba así: ocho años de banderillero, diez de matador de novillos, y, entonces, quizá estuviera apto para la concesión de una alternativa. Y de la alternativa, abandonado el tercio nuevo sobre las sillas en la habitación de un hotel, el novel espada había de asistir a un homenaje, que ya era «homenaje a la vejez», porque, ¡caramba!, le había llegado la edad.

Domingo Ortega, la mirada en el porvenir, sin volver la vista atrás para



Gitanillo de Triana en el momento de entregar los trastos a Ortega en la Plaza de Barcelona

no quedar convertido en estatua de sal, estaba ya, abierta la puerta de cuadrillas de la Plaza Monumental, entre aquel lidiador cenceño y cetrino, torero de los pies a la cabeza, conocido por Gitanillo de Triana, y Vicente Barrera, largo de narices, desvaído de mirada, de quien Gregorio Corrochano había dado la definición más exacta: «el torero gorrión». El desconocido, pues, iba a alternar ya con los buenos, ante una Plaza llena, que, indudablemente, se había llenado por él. Y con gente que asistía desde su casa y con comodidad, y con gente que se había acercado a la ciudad de Barcelona, tras la incomodidad de unas cuantas, unas muchas horas de tren.

Y ya está el primer toro en la arena, el de la alternativa, un albaserada de doña Juliana Calvo, cárdeno, gordo, buen mozo, ligeramente bizco del izquierdo, Valenciano por nombre. ¿Pero es que nos vas a relatar la corrida de la alternativa de Ortega —pueden decirme— a los quince años de la ocurrencia, con minuciosidad de revista de hoy? ¡No! Ahí hemos de perder los detalles. El recuerdo único de aquella fecha sea sólo, y en conjunto, el de una tarde triunfal. Sin fraude para los que ya le conocían y sin decepción para los que no le habíamos visto y habíamos viajado con ansias de creer.

A la salida, por la noche, comentarios calurosos en favor del nuevo diestro que parecía un lidiador veterano y curtido. Un semanario, *La Fiesta Brava*, requiere la opinión de los aficionados y críticos foras'eres en una sola cuartilla. José Romeo, dice: «Puede ser el hombre que esperamos desde

hace tanto tiempo»; «Nadie ha empezado así!», enjuicia Relance; «Tenemos a la vista una figura histórica del toreo», afirmaba Eduardo Pagés, que entonces no estaba con él; «Creo ciegamente —decía Manolo Retana— que este torero ha de poder con todos». Y yo es ribí que, desde la alternativa de Ortega, había que creer en la transmigración de las almas taurinas, pues no era posible que un muchacho sin antecedentes, sin saber por qué, se hubiera pasado por el ruedo aquella tarde sin aturdimientos de primerizo: en su sitio para alternar en quites, con dominio al manejar la muleta, con valor para irse detrás de la espada. Pero, señor, ¿qué era aquello, si estábamos a ostumbrados a ver novilleros muy hechos que el día de la alternativa tropezaban hasta con el aire de los capotes en movimiento?

¿Podía ser aquello? Podía ser y fué. Como matador de toros, noventa y tres corridas toreadas en las mejores Plazas, ante públicos nuevos que le esperaban con los ojos muy abiertos; y con un a éste quiero y a éste no quiero, dando codazos de buena ley, desde el último al primero del escalafón de los doctorados, en seguida se situó en el lugar más alto de todos, exclamando con voz muy firme: «¡Aquí estoy!».

Quince años ya desde que Domingo Ortega, de blanco y oro, recibió los trastos de manos de Curro Puya, el desdichado gitanillo. Y si dijo «¡Aquí estoy!» en 1931, «¡aquí estoy!» continúa diciendo cuando va a comenzar la déimoquinta temporada.

Quizá de aquella tarde, de aquellas tardes, se haya perdido su primitivo pase cambiado por bajo, el que dignificó las «trincherillas», su pase largo, lento, hasta donde daba de sí el brazo y hasta donde daba de sí la flexibilidad de la cintura —véase la fotografía—. Mas si ese pase se hizo más corto, pero no de menos dominio ni menos torero, ¡cuántas cosas no vinieron a convertirle, definitivamente, en «Maestro Domingo», como le denomina con justeza «Capdevila!».

El torero al que le sale de su cerebro, capotazo a capotazo, pase a pase, todo el toreo y toda la lidia con precisión inigualada. Yo no sé si es verdad o no la anécdota que se cuenta del extranjero maravillado ante una faena dominadora de Domingo Ortega: «¡Qué pena! Después de que lo había domesticado, va y lo mata». Si la anécdota no es verdad, debiera serlo. Que también era tanta «la beldad de la mentira» en los afeites de la doña Elvira del poeta, que al mismo le llevó a decir:

«... ¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!»



Las becerras, llevadas por los cabestros, entran en la placita de Gómez Cardena para ser tentadas

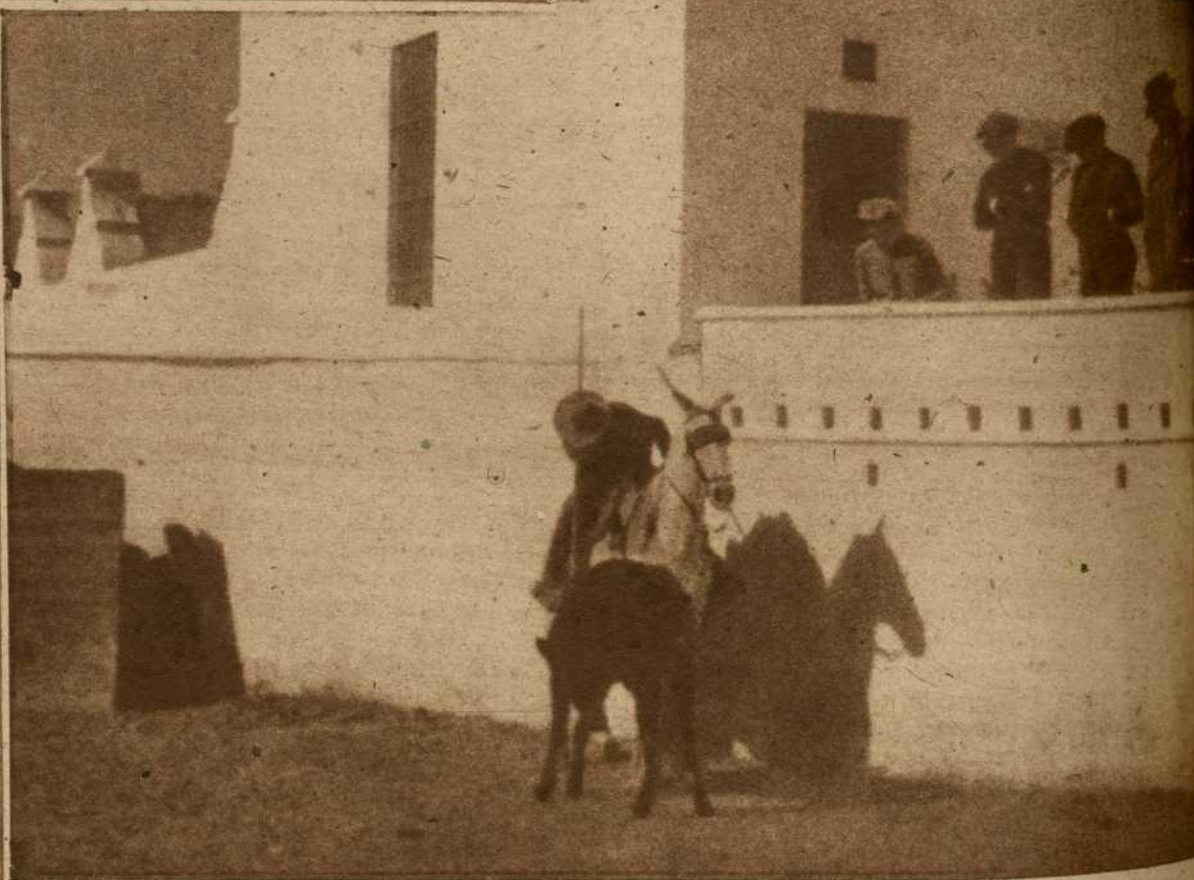


Juan Belmonte, con un sombrero un tanto extraño, dirige y vigila las faenas de tienta en su finca

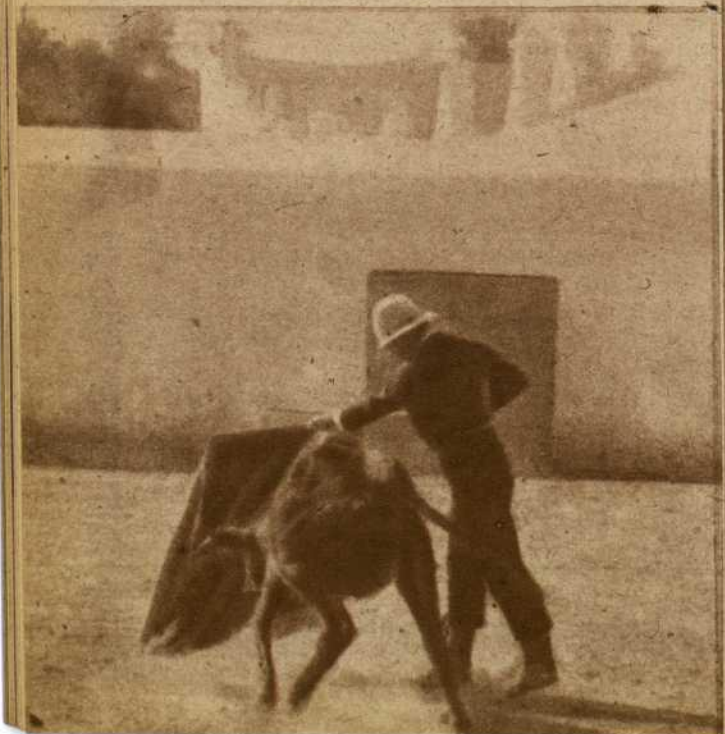
FAENAS DE TIENTA EN GOMEZ CARDENA

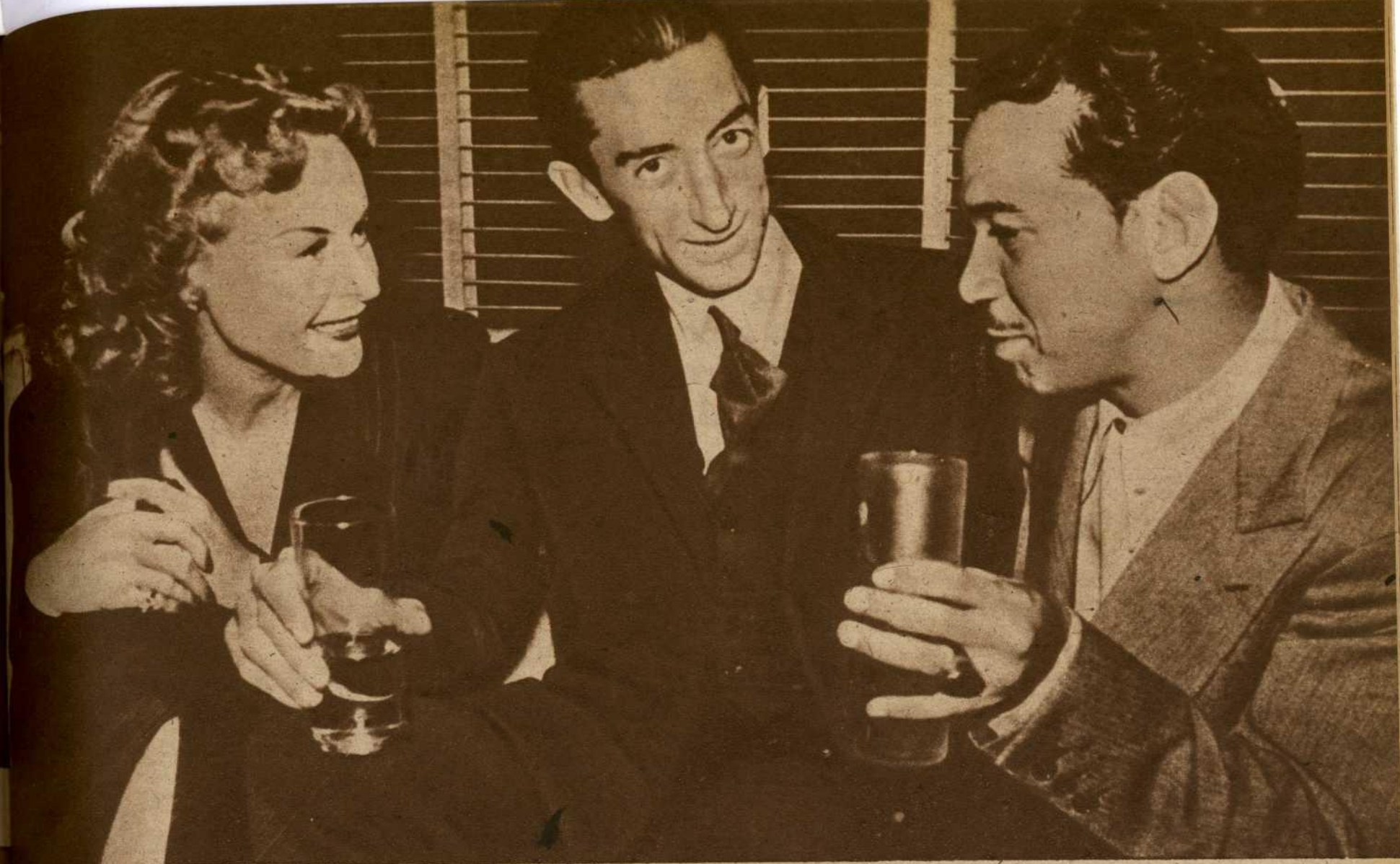


Arriba: Alvaro Domecq en un derechazo. — Abajo: Juan Belmonte en un magnífico pase de pecho



Arriba: Momento de ser picada una becerro. — Abajo, a la izquierda: La señora de Domecq y Juan Belmonte en un alto de la fiesta. — A la derecha: Pepe Belmonte remata un quite (Fotos Mari)





He aquí a dos artistas famosos frente a frente: Manolete y Cantinflas, en la casa del último, acompañados de la artista mejicana Gilda Kruger, conversan y refrescan, dando al mismo tiempo motivo al fotógrafo para disparar el objetivo (Foto P. Corsi)

Manolete y Cantinflas, los únicos que llenaron la Plaza de El Toreo

LA TEMPORADA DE MEJICO, VISTA POR UN MEJICANO

México representa una atracción indiscutible para todo torero español que se lanza a la conquista de pesos y aplausos. Y aun cuando no todos los que marchan consigo ven realizadas sus ilusiones, cierto es que todos los años el tirón de Méjico es para los nuestros españoles un afán de aventura.

Sin desdenar la brillantez de temporadas pretéritas, la última, por la suma de los valiosos elementos que han concurrido, ha hecho vibrar al país azteca con el clamor de los tiempos mejores.

Hasta ahora, aparte los cables y las escuetas reseñas, poca materia noticial le nos ha llegado de la temporada mejicana.

De aquí que sean de indudable interés los juicios objetivos de un testigo de excepcional importancia, don Pedro Corsi, mejicano por su nacimiento y español por su origen, que acaba de arribar a España. Hombre discreto, dotado de singular ingenio y de vasta cultura, nos va a referir cuanto de notable acaba de suceder en los ruedos de su país.

Desde 1924, raro es el año que Corsi no pase varios meses recorriendo España. Su último viaje lo ha motivado establecer en Madrid la sede central de una importantísima actividad cinematográfica, en la que desempeña el cargo de gerente para España y Méjico.

—¿Qué impresión le ha merecido la última temporada? —Desde 1937 estoy abonado a un tendido preferente de la Plaza de El Toreo, y, por lo tanto, no puedo presumir de mucha experiencia entre los veteranos de la cátedra. Pero éstos no se recatan en afirmar que desde los tiempos de Juan Belmonte no se había visto tan desorbitada expectación como la despertada con la llegada de Manolete.

—¿Cree usted que el cordobés ha respondido a esa expectación?

—Desde su actuación en su primer toro demostró no sólo ser torero de los pies a la montera, sino ser el más genuino representante de la actual generación de toreros españoles.

—¿Quiere dar algún detalle de la presentación de Manolete?

—Desde dos días antes, muchos aficionados durmieron en las colas formadas ante las taquillas. Al enterarse la gente que de las 30.000 localidades que cuenta El Toreo, más de 15.000 se hallaban a disposición de los que tenemos derecho a la reserva de boletos, armó un motín espantoso. Hubo numerosos golpes y heridos. Intervino el Gobierno, obligando que en la localidad a adquirir fuera acompañada de la tarjeta de apartado, y con esta requisa aparecieron cuatro mil boletos en poder de la reventa, a la que se le anulaban inmediatamente.

A pesar de estas precauciones, yo vi dar 5.000 pesos por una buena rera, cuyo precio no llegaba a 100. Y localidades de sol cuyo precio eran siete pesos fueron arrebatadas de las manos de los revendadores a 150.

Entonces, la Empresa, para consolar a la ingente legión que se quedó sin localidades, anunció que al miércoles siguiente —no festivo, por cierto— torearía Manolete con Armillita.

—¿Qué tal fué acogido nuestro compatriota?

—Con entusiastas ovaciones y profusión de ramos de flores. Manolete llegó a emocionarse, y, prescindiendo de su gesto inmutable, sonrió agradecido. Luego, en cuanto hizo hasta resultar cogido, nos compensó de la elevación de precios y de las molestias del acontecimiento.

—¿Quiere enunciarle otros toreros españoles que gozan de buen cartel entre la afición mejicana?

—Después de Manuel Rodríguez, goza de gran predicamento el sevillano Pepe Luis Vázquez, al que por allí se le denomina torero del detalle. No tuvo gran suerte en la capital de Méjico; pero yo, en cambio, tuve la suerte de presenciar la gran tarde de toros que dió en San Luis de Potosí. Fué una faena inolvidable.

Por su juventud y alegría cayó muy bien Pepín Martín Vázquez, así como El Estudiante, mejor torero cuanto más viejo, y Manolo Escudero, que nos maravilló con un solo quite.

—¿A qué otros viejos ídolos se recuerda por su país?

—Sobre todo, a Cagancho, al que se le perdona todo, en recuerdo a sus brillantes temporadas. También se recuerda a Chicuelo, así como al Niño de la Palma, que, por cierto, tiene en la Plaza de El Toreo una placa conmemorativa de una imborrable faena.

Cuando salí de Méjico, dejé a Cagancho filmando una película para Pedro Calderón, uno de nuestros mejores productores. El principal papel femenino estaba a cargo de la bailarina Carmen de Amaya.

—¿Cuáles son, a su juicio, las máximas figuras mejicanas?

—Para mi gusto, Armillita sigue siendo el maestro de maestros. El y Silverio fueron los encargados de darle la batalla a Manolete. Le sigue en méritos Arruza, que pasa en la actualidad por un gran momento. Entre los nuevos valores, Luis Procuna, por su aplomo y fino estilo, gustará mucho en España, si al fin se decidiera a embarcarse.

—¿Han retrocedido criterios nacionalistas al enjuiciar a nuestros toreros?

—En modo alguno. Me remito a las manifestaciones de todos ellos. En Méjico, como en España, los toreros no tienen más que un camino para conquistar el favor y la preferencia de los públicos. Por su

parte, cuantos toreros mejicanos han regresado de España no hacen sino hablar bien de cómo aquí se les trató, y todos sueñan con volver.

—Hablemos ahora del ganado de su país, señor Corsi.

—Los mejores productos son los de la ganadería «La Puntas», en el Estado de Jalisco. Se trata de toros bravos y muy duros de patas, con los que Manolete ha dado sus mejores tardes. El ganado de San Mateo, cruzado con serentales de Saltillo, da toros suaves, el prototipo del toro llamado de carrillo; pero, sin embargo, tienen el peligro de descubrir a los toreros carentes de recursos.

En general, los toros mejicanos, en la actualidad, resultan de mayor tamaño que los que se lidian en España. Antonio Bienvenida me decía recientemente que él mató varias corridas que dieron un promedio de 340 kilos.

—Volviendo al tema Manolete, por aquí se cuentan varias anécdotas, que unos creen y otros ponen en tela de juicio.

—Seguramente tengan razón estos últimos. Lo que sí es cierto es que Manolete nos ha parecido menos hosco y herméutico que el que nos habían pintado. Nada más llegar, tuvo dos gestos que le granjearon generales simpatías.

En la capital mejicana existe una placita, denominada La Morena, donde hacen sus primeras armas los aspirantes a fenómenos, casi siempre con ganado duro y poderoso. Pocos días antes de la presentación de Manolete, resultó gravemente cogido en la placita citado un torerillo cuyo nombre no recuerdo. El muchacho, desde el hospital, le escribió una carta, doliéndose de que su percance le impidiera presenciar la corrida.

La víspera de la corrida, Manuel Rodríguez quiso dar una sorpresa a su desconocido admirador. A tal efecto, se presentó en el hospital para departir un buen rato con el herido y entregarle unos pesos.

El segundo rasgo fué el de adquirir, a elevado precio por cierto, varias localidades con las que obsequió a un grupo de cordobeses, los que de otra forma no hubieran podido presenciar el debut de su paisano.

—Una última pregunta, amigo Corsi: ¿es cierto que el monstruo se ha hecho gran amigo de Cantinflas?

—Totalmente cierto. Mario Moreno, que torea con indudable valor y afición ardía en deseos de conocer al gran torero español. Hay que hacer constar que antes que éste, sólo Cantinflas había conseguido llenar la Plaza de El Toreo en cuantas corridas para fines benéficos ha intervenido.

Y como el mejor exponente de la camaradería entre ambos artistas, vea usted estas fotografías que hoy mismo me llegaron de Méjico.



Con PEPE LUIS a su vuelta de Méjico

Hizo el viaje desde la frontera hasta Nueva York en coche, y allí le confundieron con un inglés

PEPE Luis está en su casa de Sevilla. Es una casa sencilla, alegre, llena de recuerdos y trofeos del toreo. Pepe Luis hace pocos días que ha llegado de América, y en él vuelve a producirse, dorado, ese milagro de leyenda —suceso de permanente calidad novelística—, en virtud del que se concentran, frente a la casa, grupos y más grupos de admiradores a contemplar al torero. Hemos conversado con este "as de oro" —así le llamaban en las críticas mejicanas— del toreo en un rincón de su despacho. Pepe Luis nos habla de América, de sus triunfos, del apasionamiento que la fiesta —felizmente— ha alcanzado en Méjico con la presencia de Manolete; de sus viajes por los Estados, del puertecito de Veracruz, de los itinerarios históricos que recorrió y visitó detenidamente, recreándose en tantos recuerdos civilizados de España...

—El ambiente de Méjico, capital, recuerda mucho el de Sevilla. La presencia de tantos españoles —que, inevitablemente, hacen igual vida de café y tertulia que nosotros— ha dado a Méjico un especial sabor taurino, en el que transcurre toda la vida de la fiesta. Este año ha habido mucha más pasión que el año pasado. Hemos encontrado, además, una gigantesca pasión por las localidades; más caras las corridas, mayores honorarios para los toreros... A pesar de ello (esto es un dato interesante que brindamos a quienes lo necesitan), las entradas han estado, en los grandes carteles, más baratas que en España.

El torero de San Bernardo muestra a nuestro colaborador una de las revistas mejicanas en donde tantos elogios se hacen a su toreo



Las barreras, por ejemplo, solían costar unas 100 pesetas.

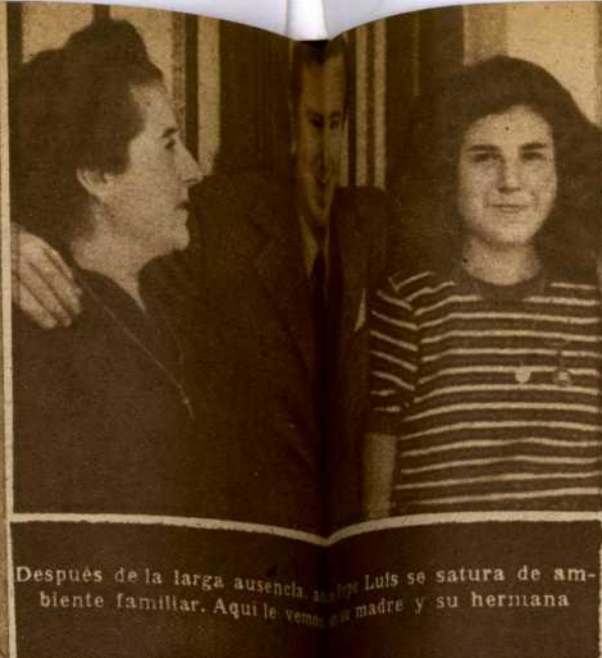
Pepe Luis toreó 12 corridas en Méjico: seis en El Toreo y seis en los Estados. Su mayor triunfo fué en San Luis de Potosí. Leemos ahora unas críticas sobre el arte puro y cáldido de Pepe Luis: su arte de óleo de gran escuela clásica sevillana. Y una de ellas dice así: "Haciendo la comparación con Manolete, el torero monstruo, diremos que la mejor faena del Califa no puede igualar en clase y en sabor a esta faena de Pepe Luis, una de las más exquisitas de la temporada". (Semanaario *Multitudes*, crítica de José Claro.) La casa está llena de regalos que la afición mejicana ha ofrecido al torero de San Bernardo; cuadros, trofeos, prendas típicas del país, piezas musicales, libros dedicados a su arte y su vida, etc. Todo un mundo de obsequios se alinean ahora desordenadamente en el despacho del torero, esperando que la gracia y la paciencia femenina de su madre y hermanas los sitúen por la casa.

—Con respecto al ganado —habla Pepe Luis—, en Méjico cuidan escrupulosamente la buena presentación, la lámina, el peso.

Pepe Luis nos muestra unas fotos que comprueban este aserto. Toros de gran estampa, de muchos kilos, que, además...

—Eso sí. Bravos, también; muy a propósito, en general, para la buena lidia. Antes, los mejicanos preferían las faenas breves, de pocos pases, pero dominadores. Ahora buscan, como en España, las faenas largas, vistosas, de mucho repertorio estético. Por eso han surgido ya toreros de este tipo, de esta personalidad. Ejemplo de ellos: el Calesero. Creo que estamos, con él, ante un extraordinario torero, exquisito, de sensibilidad profunda, de una idea musical y armoniosa de la lidia. Va muy bien con su nombre. Hizo cosas, en mi presencia, que me recordaban los dibujos de los abanicos románticos—nos dice, finalmente, el gran torero.

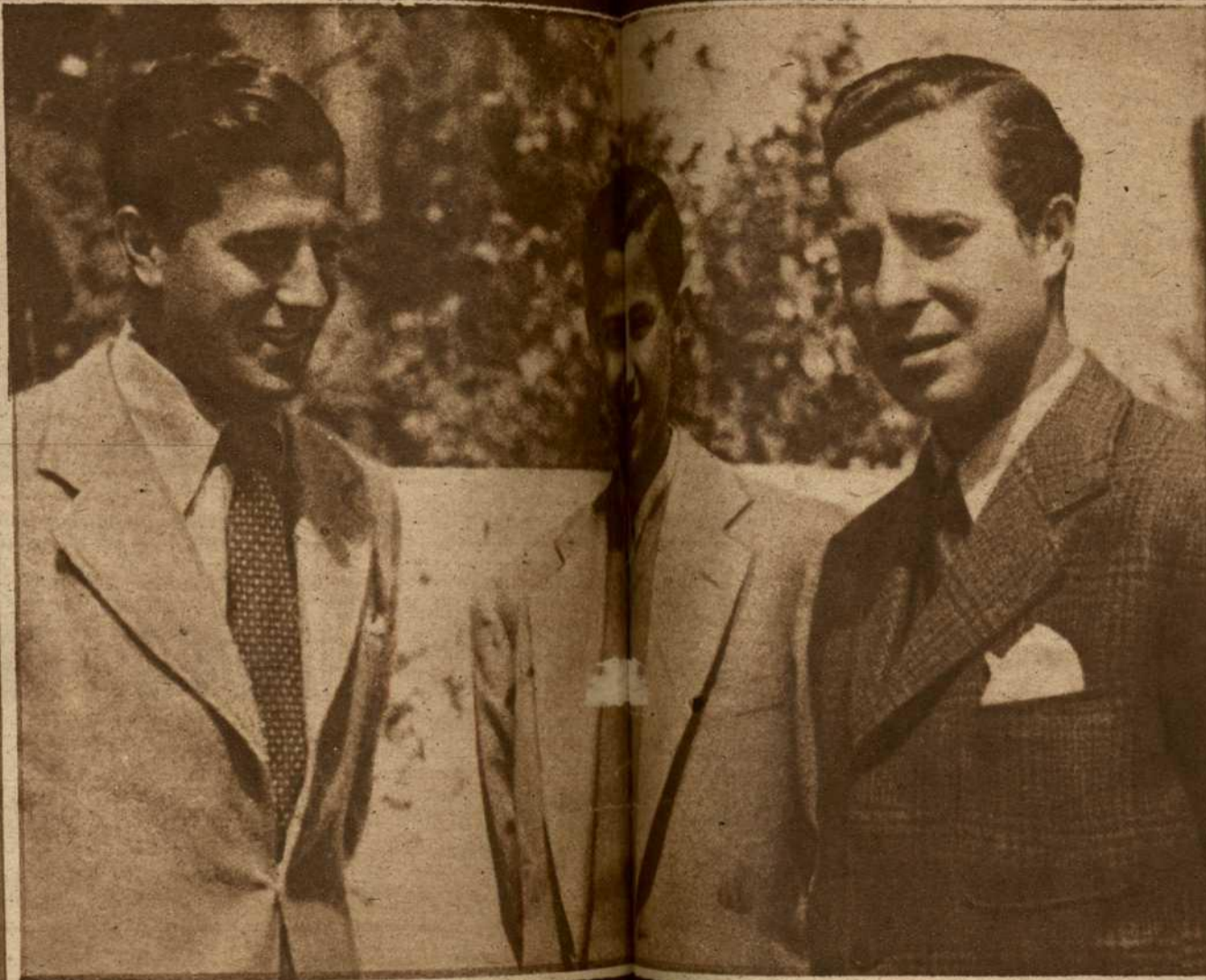
Pepe Luis, durante su segunda etapa en Méjico, ha permanecido largos



Después de la larga ausencia, Pepe Luis se satura de ambiente familiar. Aquí le vemos con su madre y su hermana

El diestro de San Bernardo ha toreado allí doce corridas

Tiene una gran ilusión por reaparecer en España y actuar en la Feria sevillana, donde quiere dar una gran tarde



Pepe Luis con dos de sus hermanos, a los que le ha dado el gusanillo de la afición torera

días en el campo, ejercitándose en las faenas ganaderas típicas de Méjico. En la hacienda de Gaona pasó unos días, y con casi todos los ganaderos conocidos del país azteca ha convivido breves temporadas. Los sobrenombres que la alta crítica ha dedicado a Pepe Luis forman una verdadera legión de adjetivos: torero de oro, maestro de seda, as de ases, y así, sobre la juventud maestra de este torero señor, en quien se conjugan todas las honras raíces de las escuelas clásicas y modernas, estos apelativos han sido como testimonios que en Méjico corroboran la permanencia de este común y fraterno afecto hispanoamericano.

—¿Qué alcance han tenido las campañas de los toreros mejicanos?— preguntamos a Pepe Luis Vázquez.

—Armillita, a la cabeza; Silverio, con su irregularidad ya conocida en España; unas veces inspiradísimo y genial, y otras... Procuna es del estilo de Rafael el Gallo, gitano, saleroso, lleno de cosas muy propias y con un toreo de mucho valor; Calesero, de quien ya te he hablado... Creo que ya están todos o en España o camino de ella. En Méjico se sueña con triunfar en Sevilla y en Madrid. Son las dos Plazas que allí se ambiciona conocer.

Pepe Luis Vázquez se despidió el 16 de febrero en la Plaza de El Toreo, con Procuna y Manolete; una corrida verdaderamente triunfal para todos. El viaje de regreso fué muy original.

Pepe Luis nos lo cuenta con esa especial facilidad que tiene para el relato interesante y gráfico:

—Yo quería conocer bien Norteamérica. Me compré un coche en Méjico, que pensaba traerme a España. Acompañado del mozo de estoques de Chuchó Solórzano, un americano oriundo de España. Montes de Oca, recorrí desde la frontera de Méjico, kilómetro a kilómetro, en total, más de 5.000 de travesía, hasta el mismo Nueva York. Visité también Washington, la ciudad más interesante de Estados Unidos. Nueva York me parece demasiado oscura y triste. No tiene cielo y es muy gris y demasiado urbanística... La vida es allí terrible-



mente rápida. La gente parece mecanizada. Da la impresión de que todo se mueve con un motorcito con reóstato. El paso, mecánico; los gestos, mecánicos... Para nosotros es una impresión muy fuerte y, desde luego, inolvidable. Washington, en cambio, es una ciudad deliciosa.

Pepe Luis Vázquez visitó nuestra Embajada, y con Montes de Oca, que habla inglés magníficamente, visitó la ciudad. En un café le ocurrió una anécdota simpática: Cuando entró, alguien dijo: "Ahí está Pepe Luis, el torero sevillano", y la gente se arremolinó por conocerle. Como el moreno era Montes de Oca, creyeron que éste era el matador, y Pepe Luis algún turista que le acompañaba. La gente pidió "al rubito, al inglés", que le explicara cosas de "el sevillanito", y los dos pasaron grandes apuros.

—Allí creen —nos dice Pepe Luis— que los toreros somos todos morenos.

—Tengo firmadas muchas corridas. Pero mi sueño más afanoso es la Feria de Sevilla, donde torearé tres tardes, y quiero dar la corrida que yo siempre deseo para mis paisanos. Poca suerte tuve hasta ahora. Ten la seguridad —nos dice— que la Maestranza es para mí la Plaza donde más hondamente siento la necesidad de torear a mi gusto.

PACO MONTERO

La pequeña de la casa obsequia a Pepe Luis con un clavel, que ella misma coloca en la solapa del matador (Fotos Luis Arenas)



SANTA CRUZ DE TENERIFE. — Cuando, enmarcando los nombres de los Domingué, la policromía de los carteles de toros salpicaba ya las esquinas y vallas de Santa Cruz, días antes de esta magnífica corrida que hemos presenciado esta tarde, al doblar la fecha de San José, tuvimos noticias por la radio y la Prensa de que ese trío torero, componente de la combinación ofrecida hoy al público canario, había logrado en Barcelona un clamoroso triunfo. Viejos amigos de Santa Cruz de Tenerife, Domingo, Pepe y Luis Miguel, porque el año pasado fueron en esta Plaza actores de una fiesta memorable —justamente lo que ha sido la de éste—, a nadie sorprendió el resultado esplendoroso de la corrida celebrada en la capital catalana. Y ya que no de novedad, sirvieron —eso sí— tales noticias para redoblar el interés por verles de nuevo en nuestro ruedo, «catador» primero de esa buena solera que es el arte varío de los hermanos Domingué; solera que, a lo que parece, aromará este año algunos ruedos españoles. El de Santa Cruz, pocas veces como hoy ha bullido en animación, en entusiasmo. La gentil silueta de Carmela García Escámez, hija del capitán general, lució su garbo en el trámite de pedir la llave. Llave que abrió el toril para que por él salieran las seis reses de Juan Belmonte.

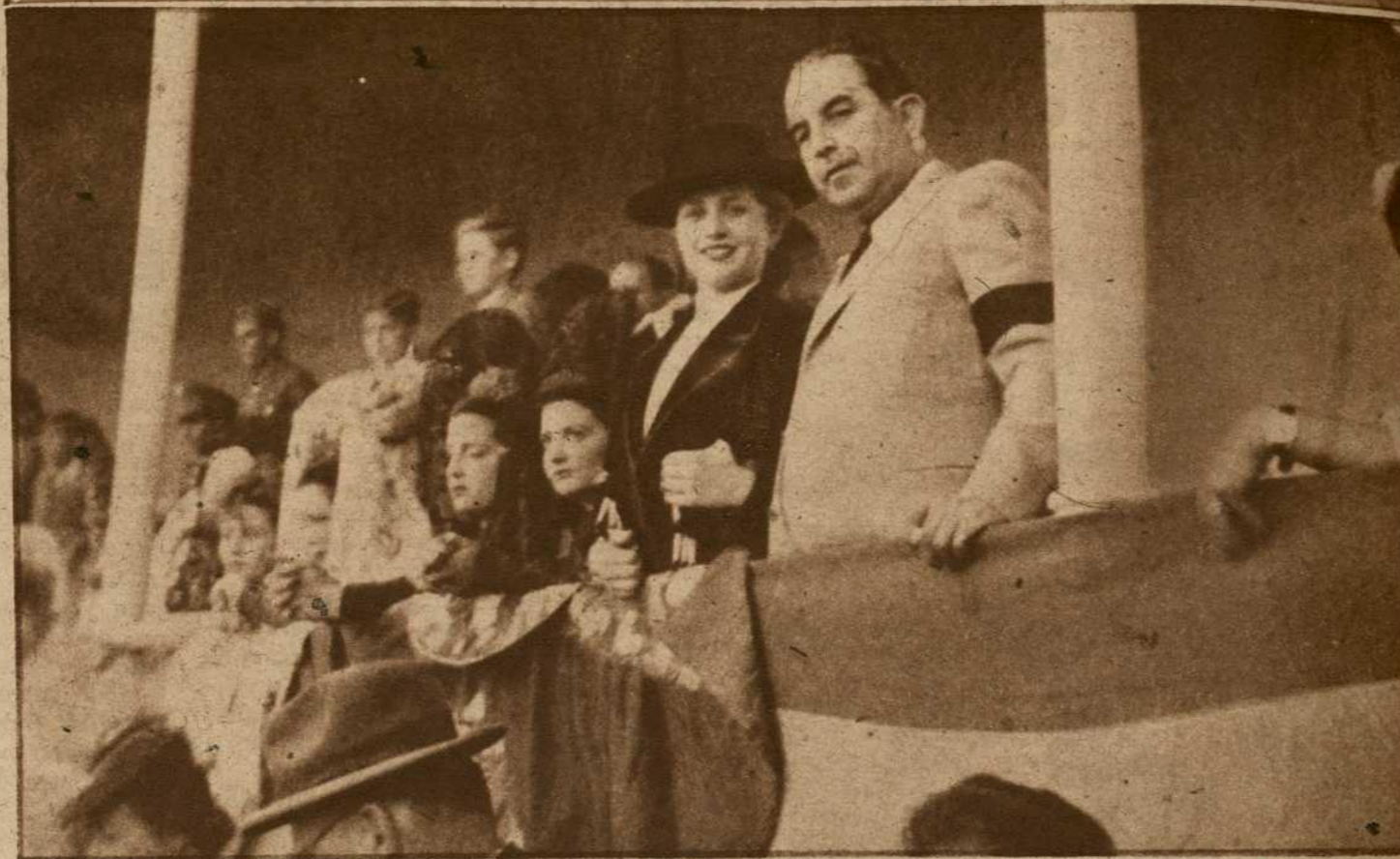
Para valorar el triunfo de los Domingué, justo es dejar consignado, en primer término, que los toros del famoso ex diestro no aportaron al éxito —salvo dos de ellos, quinto y sexto— la debida «colaboración». Y aquél, pleno, rotundo, hubo de ser logrado por los tres hermanos, no ya sólo en un pugilato de voluntad —que ésta, con ser mucho, no manda en el toro—, y si también en un alarde de recursos toreros, capaz de imponerse, como ocurrió, sobre las dificultades y el peligro ofrecido por el ganado. Mal estilo el del primer toro: reservón, echando la cara arriba, de arrancadas peligrosas... Y frente a él, Domingo, traza y sobriedad de perfil clásico. Capote y muleta ajustados a las buenas normas de luchar —y vencer— con eficacia y arte. Y gran espada, manejada tan diestramente, que parece limar la brusquedad con que casi siempre se nos ofrece la suerte final, y hace de ella un momento de gran belleza. Un pinchazo y una estocada —magníficos uno y otro— tendieron sobre la arena al primero de la tarde, y en honor de Domingo sonaron los iniciales y entusiastas aplausos de la jornada.

El segundo toro fué manso, peligrosísimo, y la casta de Pepe y su largura de torero brotaron en una faena prieta de decisión y eficacia. Mató, entrando muy bien, y le ovacionaron.

Y el benjamín —Luis Miguel—, frente con el tercero, manso también, y también con «malas ideas», parecía decirnos desde el primer capotazo: «¡Es igual!... Con este toro, o con el que salga, me tenéis que aplaudir...» ¡Y va ya si le aplaudimos! A lo largo de to-

UNA MAGNIFICA CORIDA EN CANARIAS

LOS HERMANOS DOMINGUIN OBTIENEN UN TRIUNFO CLAMOROSO, CORTAN OREJAS Y VALEN EN HOMBROS



El capitán general de Canarias, que presidió la corrida



La bella señorita Carmela García Escámez, hija del capitán general de Canarias, encargada de pedir la llave



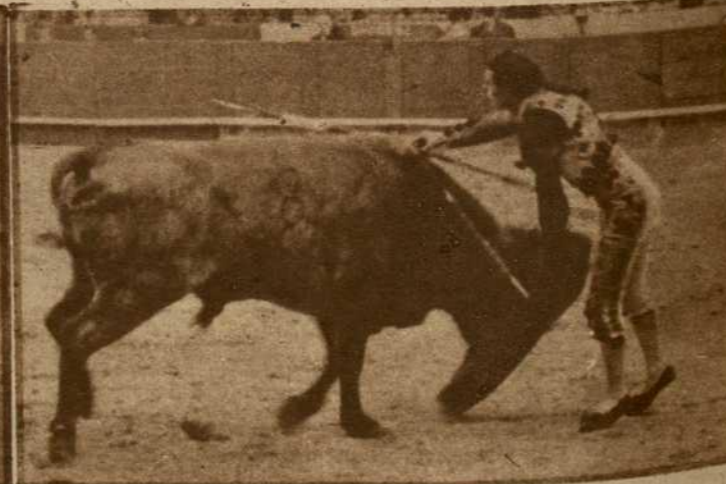
Luis Miguel en un ayudado por alto



Domingo iniciando una de sus faenas



Un gran par de banderillas de Pepe en el toro que consiguió un triunfo



Un inmenso volapié de Pepe al quinto toro, del que cortó las orejas y el rabo



Luis Miguel, después de su triunfo clamoroso, exhibe las orejas y el rabo del sexto toro



Domingo en su gran faena al cuarto toro



Luis Miguel toreando al natural al toro que cortó la oreja

da la lidia tabletearon las palmas en honor del niño-maestro. Niño con gesto de hombre, con recursos de veterano, que a la res, cobarde, oponía su toreo entretejido con hebras de emoción, de sabiduría cabal... Mató de un pinchazo y una estocada Luis Miguel, y para recoger el premio de una fuerte ovación, salió a saludar al tercio...

En el cuarto —¡otro manso!— Domingo Domingué redobló los acusados perfiles de torero que vence con el latido firme de su corazón y el empaque de su arte macizo. La música fué subrayado de la faena, y tres oles prolongados, lentos, cronometraron el recreo, la parsimonia con que Domingo entrara a matar en forma admirable. Se ovacionaron.

En el quinto... Bueno, a partir de la salida de este bravo toro, el entusiasmo, delirante, no se apagó hasta finalizar la corrida... Como cerezas se enredaban las ovaciones. ¡Qué tronar de palmas para el toreo de capa de Pepe Domingué!... ¡Y qué clamor el que levantó en el tercio de banderillas, junto con sus dos hermanos!... Hervía de entusiasmo la Plaza cuando Pepe, sentado en una silla, flameaba, en espera de la res, su muleta. Cuatro pases, cuatro alaridos del público, cuatro oles para los cuatro muletazos con que Pepe, sin levantarse, iniciara la faena. Faena seguida de varios naturales perfectos, largos, lentos, y de muletazos de pecho soberbios, y ayudados, y molinetes... Para final, un gran volapié, y como premio, las orejas, y el rabo, y...

Pero detente, pluma. Que queda aún tela que cortar hablando de Luis Miguel.

Ya está el espigado mozo con ese lleva y trae exacto, preciso, con que lidia al sexto de la tarde... Ya le vemos cómo embarca y manda a la res en varias verónicas magníficas, los brazos fuera, la suerte cargada... Y ya le tenemos revoloteando al aire sus brazos, para después «cambiar» tres pares formidables, como lo son también los de sus hermanos... Y ya surge, cogiendo por el centro del palillo su muleta de privilegio, que engarza, traba, los pases de una faena maravillosa... ¡Detallarla?... Difícil resulta... Aquí, entre las nerviosas notas de mi blog, sólo encuentro unos trazos confusos, incapaces de poderme servir de ellos para contarlos lo que nos es para narrarlo, sino para visto, porque es nada menos que el Toreo todo, encerrado en esta figura excepcional que es Luis Miguel.

Fina la tarde una gran estocada de éste. Rueda el toro como una pelota; el aleteo de miles de pañuelos demanda y obtiene para el diestro las orejas y el rabo, y mientras el sol primaveral juguetea, travieso, con sus últimos rayos, sobre las tejas de la Plaza, Domingo, Pepe y Luis Miguel Domingué salen de ella —¡cuántas veces saldrán así este año!— empujados por una ola de desbordado entusiasmo...

La dificultosa realización del TORO

en la PINTURA



«Corrida de toros», cuadro de Goya existente en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, donde la figura y línea del toro se retrata con toda precisión



«Así se lidiaban antes», tela del pintor González Marcos, donde el toro aparece con toda su arrogancia majestuosa y altanera

EN ese deseo del pintor costumbrista, seducido o enamorado de la fiesta, de trasladar al lienzo la vistosidad luminosamente colorística del tema taurino; en ese afán, muchas veces sin tregua, de captar para el arte la estampa pujante, valerosa y magnífica del toro, rara vez se dejó de ennoblecer la linajuda estirpe del astado. Porque desde los toros de Elbo y Joaquín Díez a los de Roberto Domingo, González Marcos, Juan Reus y Ruano Llopis, pasando por los de Ruiz de Valdivia, todos y cada uno de sus plasmadores no dejan de rendirle su tributo admirativo. Porque si su silueta en la libertad pacificadora del campo parece que se exalta y engrandece en belleza de líneas y contorno, cuando ya robada su pacífica tranquilidad merodea un tanto asombrado por los corrales de la Plaza en espera de la para él ignorada, pero yo creo que temida, hora del suplicio, entonces el acerbamiento de su amargura cautiva parece que pone en él un nuevo interés, una vivacidad extraordinaria, una que pudiéramos decir expectativa y orgullosa prestancia, que le hace extraordinariamente decorativo y pictórico. Por eso, cuando el toro sale por el portón que da vista al ruedo, toda la majestad de su mirar expectativo, toda la fiere-

za impetuosa de su sangre, redobla el interés que tiene para el artista trasladarlo al lienzo. La salida del toril, cuando la fiera asoma por el callejón, es quizá el momento más interesante para el público y para los artistas que presencian; lápiz y cuartillas en mano, la escena. No se olvide que el toro es el rey y señor de la Plaza, vencido y acorralado más tarde, pero señor de la arena que luego ha de manchar con su sangre. Un cuadro taurino puede adolecer de cualquier defecto de conjunto; puede dársele al torero una más o menos falsa posición, un mejor o peor colorido; pero no se puede nunca falsear la acometividad del toro, dibujarlo mal, restarle arrogancia y poder, porque el toro en sí es toda la pintura, el detalle de más difícil realización, y donde todos, doctos y profanos, dirigen su mirada. Además, no olvidemos que el torero, en su posición más o menos estática en los momentos generales de la lidia, choca con el dinamismo o movilidad del toro, que tiene a lo largo de la corrida una actuación fatigosa.

El toro es lo más difícil y comprometido de pintar precisamente por la inquietud que le domina cuando es, como el caballo, de pura sangre, de una escogida ganadería, que cuidó en alejar de la res la mansedumbre.

Para el pintor, la bondad del cuadro depende, en primer momento, del efectismo más o menos impresionante de la escena, en la calidad del uso de las gamas y color de todo el cuadro; pero nada valdría éste si la fiera no tiene la majestad soberana de su prestancia y movilidad, si los retorcimientos y esguinces de su cuerpo que dan lugar las faenas no responden gráficamente a una verdad anatómica del animal, que

no puede tener nunca una falsa interpretación plástica.

El toro es y será siempre el toro, y el pintor que lo traslade al lienzo en cualquier momento de la lidia ha de conocer muy bien su estampa, tiene que haberlo dibujado mucho e incluso haber estudiado teóricamente su constitución fisiológica. No. No dibuja toros cualquiera. Es una especialidad que sólo acatan y sostienen los verdaderamente aficionados a la fiesta. Obsérvese que el pintor que pudiéramos decir profano en el asunto, que esporádica o circunstancialmente siente atracción del tema, pinta el toro, por lo general, quieto, parado, en una fácil posición de toro de cartón; pero darle movimiento, soltura y agilidad; darle vida y nervio, brío y arranque, imprimirle la soltura y dinamismo de su temperamento acometedor e impulsivo, eso sólo pueden hacerlo los que, bien conocedores de la fiesta, consecuentes espectadores del tendido, han podido estudiar al toro día tras día, bajo el matiz de aficionados entusiastas y con la óptica de sus afanes creadores y artísticos prendidos en una buena manera de salvar la técnica. El torero será la inteligencia al servicio del instinto de conservación. En el diestro habrá el arte de esquivar a su enemigo, arte que es precisamente el motivo o fundamento de las corridas; pero el toro es el todo en el ruedo; del toro depende la bondad y mejor desarrollo de la lidia; el toro es, ya se ha dicho, el rey y señor de la arena, esclavo del hombre cuando el espada, el banderillero o el peón son diestros en el manejo del capote o de los palos, en la buena manera de esquivar el peligro de los cuernos; pero el toro puede y se hace muchas veces el amo del redondel, cuando su majeza y poderío se sobreponen a todos los engaños.

Para pintar toros hay que estudiar primero su anatomía, y en posesión del conocimiento de ésta, compenetrarse bien con esas rápidas evoluciones, carreras, ataques y fases de su acometividad y bravura en el curso del espectáculo.

Bien visto, cada cuadro de toros es una loa y exaltación de la res. Rara vez se le desposeyó pictóricamente de su soberanía y poderío, de la majestad arrogante de su figura campera. Tal vez en algún que otro cuadro, en el que aparece devuelto a los corrales, y en ese interesantísimo de Mariano Benlliure *El marrajo* o *El tercer aviso*, en el que el gesto de mansedumbre tiene una tristonra mirada de vencido.

No es tan fácil, no, como parece, la pintura del toro en la Plaza. Otra cosa es en el campo pastando y en descanso. En la bondad y exactitud de movimientos del astado, en la más fiel interpretación del toro, estará el gráfico documento de especialidad artística. El torero, el conjunto del cuadro, la composición en general, pueden estar al alcance de cualquier pintor estimable. El pintar toros es una especialidad para la que no valen los engaños de la técnica artística; hay que saber, además, pintar "toros", y eso no lo realiza cualquiera. Eso no lo hacen, perdonémoslo la sinceridad de la afirmación, más que dos o tres artistas en España.



«Charros mejicanos», pintura original de Ruano Llopis, que muestra al toro en una fase poco corriente y donde la sobriedad de la pincelada responde al acierto con que se ha captado el movimiento de la res

PARA EL DOCTOR OLIVER EL PASE NATURAL ES EL EXTRACTO DEL TOREO

EL TORO HA LLEGADO A UN LIMITE DEL QUE SERIA MUY PELIGROSO PASAR



NO sabemos por qué será ni qué remota relación pueda guardar la ciencia de Hipócrates con el arte de Cúchares, pero lo cierto es que la profesión médica es, en general, muy aficionada a los toros, y entre esta afición, la más entusiasta y decidida se encuentra tal

vez entre aquellos galenos que más sólido prestigio han alcanzado. Brindamos el hecho a la curiosidad de los investigadores, y por nuestra parte, nos limitamos a presentar a ustedes al ilustre doctor don Eusebio Oliver Pascual, o, mejor dicho, al veterano espectador de nuestra fiesta el señor Oliver. Ya al entrar en su casa unos magníficos y graciosos dibujos antiguos de Carnicero nos hablan de las preferencias taurinas del inquilino, que nos recibe enfundado en la blanca blusa, indicadora de que no tiene mucho tiempo disponible, por lo que inmediatamente de saludarle pasamos sin ninguna dilación al objeto de nuestra visita. El doctor intenta resistirse un poco; pero pronto comprende que ganará más tiempo cuanto antes se rinda a nuestras preguntas. Y empieza a batirse en retirada...

—Si es que en esto de los toros se sabe tan poco que la verdad...

—Pero siempre hay espectadores que saben más que otros.

—En esto, como en todo, el más inteligente es siempre el que más sabe.

—Y yo creo que también es el que mejor ve. Pero dígame, doctor, ¿a qué época se remonta su afición taurina?

—Ya va estando un poco lejos, y el torero de quien más me acuerdo de entonces es Antonio Fuentes. Era, entre todos, el de más estética y el de mayor emoción. Probablemente, como hijo de pintor, siento más acentuadamente la plástica, y por ello el torero que más admiraba en aquellos mis primeros años de espectador era Fuentes. Yo soy de Zaragoza, y en Zaragoza vi aquella cogida estúpida, cuando ya el toro había rodado de la estocada y el matador saludaba. El animal derrotó en los estertores de la agonía, y la cornada le rompió a Fuentes una pierna.

—¿Quiere decirse que para usted la época de Fuentes es la más interesante de cuantas ha presenciado?

—No, no. Yo me quedo, por muchas razones, con la de Joselito y Belmonte. Sólo podría compararse con la actual, hasta cierto punto, si Manolete tuviera otro enfrente, como lo tuvo Joselito. Este otro tal vez podría haber sido el Domingo Ortega de hace algunos años... Belmonte es una figura completa que cumplió todo el ciclo de su toreo. En cuanto a Joselito, ¿quién es capaz de decir hasta dónde hubiera podido llegar? La influencia de Belmonte se le

notaba cada vez más. Podríamos decir, con Cossío, que Joselito era la más perfecta mezcla de valor, arte y afición que se ha conocido.

—¿Y Belmonte?

—¡Ah! Belmonte fué el genio indudable. Y conste que yo era joselista. Los precedentes de Belmonte habría que buscarlos en Montes y El Espartero. Por lo menos, esa es la impresión que he sacado yo a través de las lecturas, ya que, como es natural, no vi a ninguno de los dos. De Manolete creo que ha desarrollado el toreo hasta el infinito.

—¿Y cómo se explica usted esa evolución hacia lo perfecto o casi perfecto en el toreo?

—Estimo que, a partir de José y Juan, se pudo iniciar el camino de mejoramiento, porque es cuando los ganaderos empezaron a afinar en la cría de reses bravas, cuando los toros empezaron a sentar la cabeza. Antes de esos tiempos no había toros a propósito. Sus cabezas eran nerviosas, inquietas, y tiraban cornadas sin cesar. El toreo ha podido perfeccionarse porque se ha acoplado a él el toro. Ahora bien: se ha llegado, posiblemente, al límite, y sería muy peligroso pasar de ahí, de este tipo de cornúpetas que predomina hoy. «No la toques ya más, que así es la rosa.»

—Otro asunto. ¿Es usted petista o antipetista?

—Se trata de un problema de sensibilidad y buen gusto. Efectivamente, los petos quitan bravura a los toros; pero también es indudable que evitan aquellos desagradables espectáculos que se veían con tanta frecuencia, cuando los caballos no llevaban este colchón protector. La verdad es que, en el fondo, prefiero los petos.

—Pero ahora los toros tienen menos genio, son más cómodos...

—Por eso le decía antes que no conviene, que no se debe pasar del punto en que nos encontramos actualmente. Es un límite que es muy difícil sostener. A este tipo se ha llegado gradualmente por la mezcla de manso y bravo, y lo malo está en que pueden acabar todos en mansos. Por lo menos, en alguna ganadería ya parece que ha ocurrido así con las últimas camadas.

—¿En qué se fija usted más: en el toro o en el torero?

—Lo lógico es fijarse en los dos, puesto que entre los dos forman el conjunto. Yo estoy siempre pendiente de ambos.

—Tengo entendido que ha probado usted repetidamente sus aptitudes taurinas.

—Lo que he probado es mi falta de aptitudes. De joven sí que toreé varias veces, y hasta tengo alguna cornada y todo. Lo que más me gustaba era la muleta. Pero era muy malo. La última vez que toreé fué en la Placita de las Ventas. El bacerro me dió una paliza fenomenal, que me tuvo varios días en cama. Desde entonces he asistido a muchas tientas y he sentido siempre fuertes deseos de lanzarme al ruedo. Pero el recuerdo de aquella paliza es



aún tan fuerte, que me contengo y me quedo contemplando las hazañas de los demás.

—¿Influye el público en esa evolución del toreo de que me hablaba antes?

—Me parece que no. Contra los que creen que los toreros se forman según los gustos del público, yo pienso que son los toreros los que hacen los gustos del público.

—¿Pero cuándo ha sido más y menos apasionado?

—Siempre ha tenido el mismo grado de pasión, siempre ha sido igual. Lo que ocurre es que ahora hay lo que podemos llamar menos «libertad de lanzamiento». Pero, créame, el apasionamiento no ha variado.

—¿Qué momento de la lidia es el más definitivo?

—Todas las distintas suertes son interesantes y todas son bellas, si se ejecutan bien.

—¿Desde qué localidad asiste a las corridas?

—Desde un palco. El palco de José María Cossío, adonde vamos tantos amigos del insigne escritor. Y soy un espectador pacífico. Ni pito ni protesto.

—Usted, que conoce a tantos toreros, ¿qué impresión tiene de ellos fuera de la Plaza?

—Fuera de la Plaza, para mí desaparece el torero y empieza el hombre. Con lo que quiero decir que los amigos que he tenido y tengo entre los toreros lo son independientemente de su profesión. Tengo la convicción de que todos los toreros buenos son inteligentes, y que esta inteligencia hubiera brillado en cualquier otra actividad a que se hubieran dedicado. Sánchez Mejías, a quien traté mucho, era hombre de gran cabeza y de mucha inquietud espiritual. En la Literatura, en la Medicina, en cualquier aspecto que hubiese orientado su vida, estoy convencido de que habría destacado.

—Bien, doctor. No le molestamos más. Quedamos en que el pase natural es la esencia del toreo. Pero contéstenos todavía a una pregunta antes de devolverle a la clínica. ¿Se puede dar el pase natural a todos los toros?

Y el doctor afirma rotundamente:

—Con valor, a todos.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

MORENITO DE TALAVERA o el hogar de los señores de un entresuelo de Hermosilla

SI los vecinos de la casa número 53 de la calle de Hermosilla no supieran que el vecino del entresuelo izquierda, don Emiliano de la Casa, es el torero llamado Morenito de Talavera, porque esta profesión es tan escandalosa, tan llena de fotografías y comentarios, no lo podrían sospechar juzgando por la vida que hacen los inquilinos. Dirían: «Ese matrimonio joven es un modelo de matrimonios». Porque la verdad es que se trata de una pareja inseparable, por lo menos en el invierno. Luego, en cuanto empieza —y aun sin empezar, como ahora— la primavera, comienzan las forzosas y dramáticas separaciones.

La casa de Morenito es amplia y confortable. Cómodos y amplios muebles, blandas alfombras y una radio impresionante.

Morenito me presenta a Fresolina, su esposa. El nombre, en verdad, es original y raro. Y Morenito lo comenta con gracejo, y ella acepta la broma, reconociendo que, efectivamente, no le gusta para sus hijos. El primero ha sido una niña, que en este instante duerme la siesta, y se llama Mari-Merche. El segundo, esperado para el otoño, tampoco se llamará así si fuera niña.

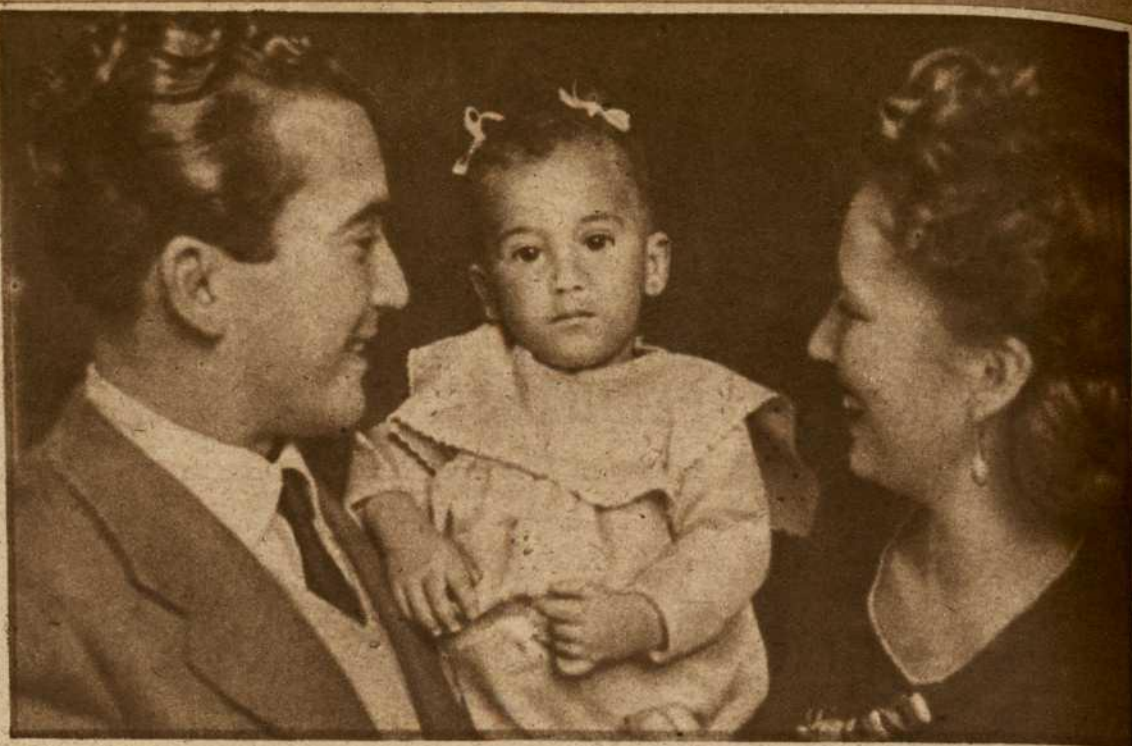
Y la esposa del torero me cuenta la vida de su marido:

—Es madrugador. A las nueve y media sale de casa todos los días y no vuelve hasta la hora de comer.

—Paso toda la mañana —interviene Mo-



La esposa de Morenito prepara la maleta del torero, que va a salir para la primera corrida... Ya empieza el drama de todos los años...



El matrimonio con su hija. Un hogar feliz...

renito— haciendo ejercicio. Voy a la Playa de Madrid. Allí juego a la pelota, corro, brinco... Mucho ejercicio, que es lo mejor.

—¿Y viene a comer a casa todos los días?

—Eso es casi seguro —contesta la esposa—. Tiene que ser un compromiso muy grande para que Emiliano no coma conmigo.

—¿Y luego?

—Muchas tardes sale a tomar café con los amigos. Pero a eso de las seis ya está aquí y salimos juntos. Vamos a los cines y a los teatros, vemos todos los estrenos y regresamos juntos, cenamos y ya no salimos.

—¿No sale su marido de noche?

—Sólo conmigo, cuando no lo hacemos por la tarde.

—¿Y siempre así?

—¡Ay, siempre no! Eso es en el invierno. Cuando llega el verano empiezan las fatigas. A mí se me ha pasado el invierno sin darme cuenta, y ahora, de repente, ¡ya ve usted!

—¿Qué es lo que veo?

—Que se va.

—¿Adónde?

—A Valencia. Torea mañana allí. Ya empiezan mis penas. Y el domingo que viene, a Castellón, y al otro, a Barcelona. Dígame usted si esto es vida.

—¿No le gusta que su marido sea torero?

—¡Ay, no!

—¿Pues qué quiere usted que sea?

—Agricultor y ganadero. Como comprendo que no sabe vivir si no es cerca de los toros, que compre una finca y crie allí reses bravas. Pero sin torear...

—Ya sabía usted lo que le esperaba cuando se casó.

—Sí. Pero él me prometió que no torearía más que dos o tres temporadas más. Y ahora... ¡ya me conformaría con que sólo fueran otras dos o tres más!

—Así será—contesto para animarla.

—¡Que no, hombre! —interviene Morenito—. Yo toreo lo menos cinco o seis años más.

—No hay nada que hacer —comenta la señora—. Ya me he resignado.

—¿Y si su marido fuera a torear a Méjico?

—¡No me diga usted eso, que no lo quiero recordar! Este invierno estuvo muchos días

en tratos: que si iba, que si no iba, y no sabe las fatigas que pasé. ¡Qué alegría cuando se desarregló todo!

—Pero si ha de ser torero, le conviene mucho darse una vuelta por América...

—Si acaso, cuando yo pueda ir con él. Figúrese; ahora, cada vez que marcha a torear en España, son dos o tres días que no nos vemos, y se me hacen interminables. Lo de estar varios meses separados no lo quiero ni pensar.

—¿Qué hace usted cuando torea Emiliano?

—Por la mañana voy siempre a Misa, y por la tarde me quedo aquí rezando, para que no le pase nada.

—Tiene suerte...

—Sí; desde que estamos casados, sólo le ha cogido el toro una vez, en Barcelona, y no fué grave.

—¿Lo sabe usted en seguida?

—En Madrid, casi al minuto, toro por toro, y antes... Cuando torea fuera de Madrid estoy junto al teléfono, esperando la conferencia, y en seguida me avisan cuando termina la corrida.

—¿No le ha visto torear nunca?

—En fiestas benéficas, con becerros, sí. En corridas, nunca.

—¿Y por qué? ¿Le falta valor?

—Sí. Sufriría mucho. Una vez fui a verle, cuando éramos novios, y me puse tan nerviosa, que no vi nada. Si no le pasa nada, sólo viendo que el toro pasa por su lado, tengo que volver la vista, y si le pasara... No, no puedo verle.

Ya estaba a punto de despedirme de los señores de la casa, cuando la vocecilla llo-riqueante de una pequeñuela pone punto final al diálogo. La pequeña Mari-Merche ha terminado su siesta, y lo proclama, como es tradicional, con unas lagrimitas. Acude la madre a cogérla, y aparece con ella en brazos. Un gesto de recelo se dibuja en la cara de la chiquilla al verme.

Pronto, al acariciarle, se tranquiliza y la chiquitina, ya confiada, me va mostrando y señalando con su dedito los retratos que cuelgan en las paredes: «Papá». «Mamá». Va identificando a todos los fotografiados. Me explica Morenito:

—Cuando jugamos el otro día el partido de fútbol de los toreros y los cinematografistas, traje a casa una foto de nuestro equipo. La miró la nena, y sin vacilar, me señaló a mí entre los once, y dijo: «Papá».



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

LO TIPICO EN EL GANADERO

No es solamente el torero el que ha ido perdiendo color. Es toda la gente que se mueve alrededor del toro. Apoderados, empresarios, mozos de espadas y hasta los propios amigos han ido decolorándose —cosmopolitizándose, si ustedes quieren— hasta el extremo que hoy ya nada o casi nada es como fué ayer.

El ganadero no podía, por tanto, ser una excepción en esta regla. Hoy nadie tiene el aire de nada. Ni siquiera apenas se distingue el banquero del empleado. Así que no es de extrañar que un criador de reses bravas aparezca en la barra de cualquier bar céntrico y elegante confundido, por su atuendo y sus modos, entre el público que llena el local.

El tipismo, pues, se ha ido del todo. Esfuerzos hay que hacer para localizarle en alguna que otra tienda, pues hasta allí han llegado las cazadoras de piel que suplen —o quieren sustituir con su corte extranjero— la armonía graciosa de la chaquetilla corta andaluza o del chaquetón de cuello de piel y bocamangas reforzadas con varoniles adornos.

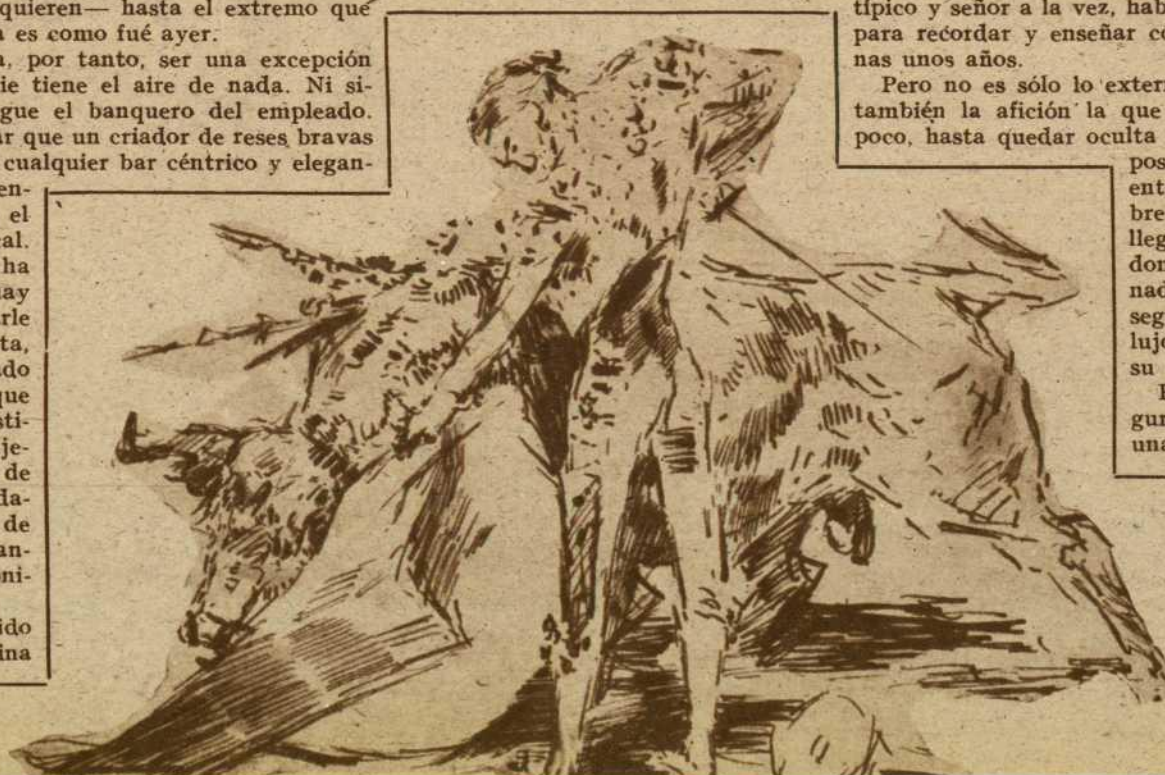
Por eso hemos querido hoy traer a nuestra página

la recia estampa andaluza de uno de los más célebres ganaderos. Don Eduardo Miura, en su despacho con zócalo de fino baldosín, da su efigie patilluda y castiza al objetivo del fotógrafo, quizá con el pensamiento de que ese porte, típico y señor a la vez, habría de servir más tarde —hoy— para recordar y enseñar cómo era un ganadero hace apenas unos años.

Pero no es sólo lo externo lo que se ha modificado. Es también la afición la que se ha ido escondiendo poco a poco, hasta quedar oculta tras del sombrero flexible que se

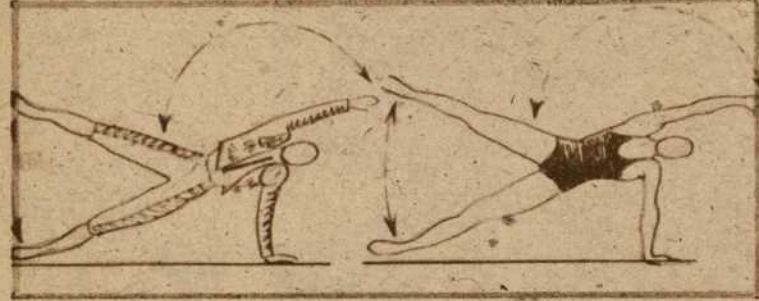
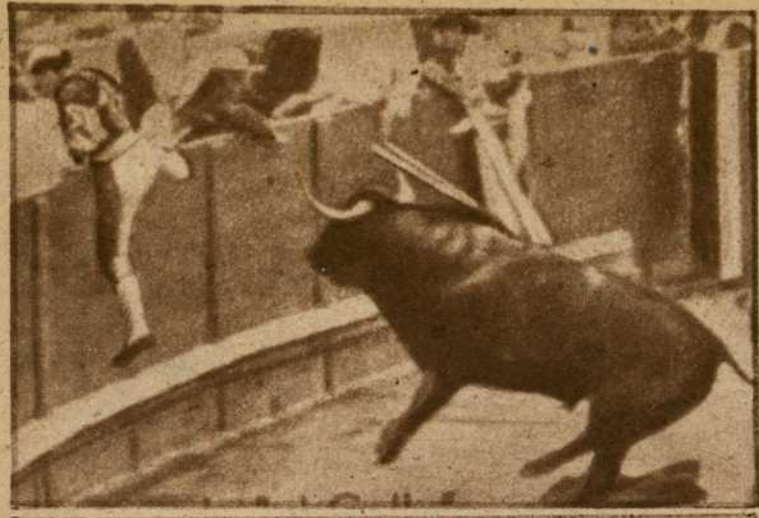
posa hoy sobre sus cabezas. Porque entonces no buscaba sino el renombre de su ganadería. Aun no había llegado el negocio hasta los prados donde pastaban sus cabezas de ganado y no importaba que para conseguirlo costase el dinero. Era el lujo de tener una vacada y de que su nombre tuviese trascendencia.

Por eso, saludemos hoy, en la figura de este ilustre mantenedor de una de las más tradicionales bases de la Fiesta —el toro—, al tipismo, que no sólo daba gracia en lo exterior, en lo decorativo, sino que llevaba aparejado un sentimiento de profesión o de clase que hoy ha desaparecido casi totalmente.

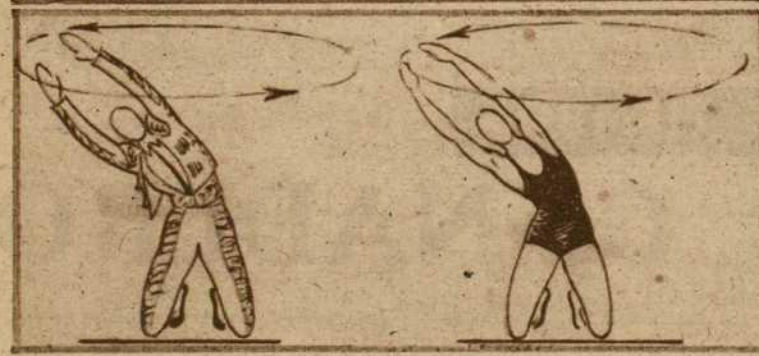
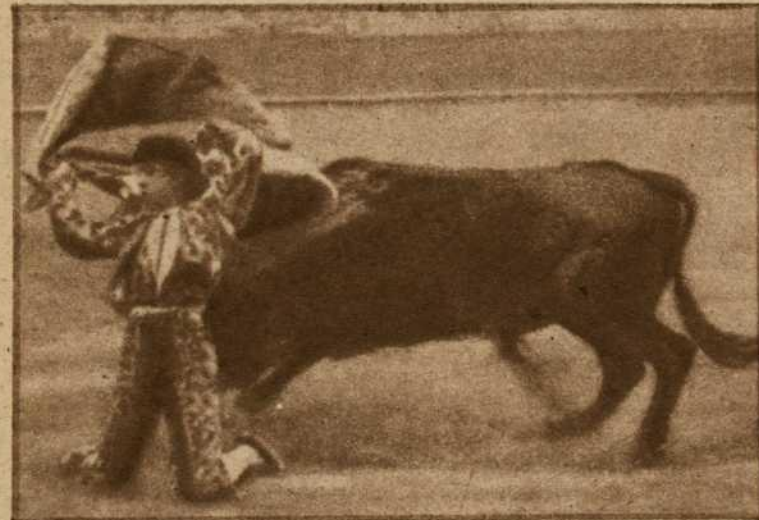


GIMNASIA DE APLICACION PROFESIONAL

Ejercicios físicos aplicables a la tauromaquia



Barrera



Farol de rodillas

ENTRE los varios y diversos ejercicios que el torero debe y puede realizar para conservar en forma sus facultades físicas, aplicables como entrenamiento o preparación anterior a la temporada taurina, no he encontrado un conjunto que exprese claramente un orden, intensidad o progresión específicamente orientados hacia esto que podríamos llamar técnica del torero o arte de lidiar. No conozco ningún método científico de gimnasia, ni creo que exista ninguno que ponga de manifiesto la necesidad de realizar los que se definen como ejercicios de aplicación profesional, en este caso aplicados o aplicables para la profesión taurina.

Puede parecer extraño que se me ocurra pensar en esta profesión que desconozco totalmente. Sinceramente he de confesar que soy profano en materia taurina y que fácilmente puedo confundir una verónica con una navarra, o un ayudado con un pase de pecho; pero la amistad y el trato frecuente con un matador de novillos, a quien la afición a los toros y la actuación en diversas novilladas le da autoridad suficiente para hablar de ello, ha motivado que yo, como profesor de Educación Física, haya pensado en la conveniencia de ciertos ejercicios físicos realizados por los toreros para conservar plenas y operantes sus mejores facultades físicas.

A mi juicio, el factor primero con que el torero debe contar en los

umbrales de su arriesgada profesión es el valor. Factor moral indispensable en el intento de escalar las más altas cimas del éxito. A este factor han de unirse otros, como la afición, arte depurado, personal elegancia, dominio del toro, que, además de conjugarse con otras cualidades, han de ir como cimentadas en unas condiciones físicas que la propia profesión claramente demanda. De ahí la necesidad de que el torero se someta a unos ejercicios físicos científicamente estudiados.

La facultad para el torero, innata en el lidiador como en cualquier otro artista, ha de cultivarse al igual que se cultivan otras predisposiciones. Este cultivo puede ser estimulado —de hecho lo es— por las emociones experimentadas, los aplausos cosechados, la celebridad adquirida, la pasión que para aplaudir o «abuchar» despierta en España el espectáculo singular de los toros. Si entre los toreros existe una escala gradual que les diferencia por las facultades de que hacen gala en cuantas ocasiones se presentan, no podrá pensarse que en esta jerarquización de valores personales, que la opinión perfectamente conoce, puede influir notablemente el cultivo y cuidado del aspecto puramente físico, la capacidad y aptitudes físicas del lidiador. Si al arte y al valor que el torero derrocha se le suma la elegancia de los movimientos adquiridos al compás de los ejercicios físicos, no cabe duda que queda más acusada la originalidad del torero, resultando más bello el espectáculo taurino.

La gimnasia de aplicación es variadísima. Tanto como lo pueden ser las profesiones y oficios que la vida impone, pues se hace preciso el estudio detallado de las aptitudes y movimientos que cada uno de los profesionales necesita para el desempeño de la misión que la propia profesión comprende. El fundamento de

ella es la economía en el esfuerzo, oponiéndose a todo gasto inútil con objeto de ahorrar fuerzas que puedan emplearse en el desempeño y culminación de la habitual faena sin acusar la clásica fatiga, entre física y nerviosa, que ponen de manifiesto la boca entreabierta y la garganta reseca. Al buscar también estos Ejercicios de Aplicación el automatismo que produce la repetición, se consigue gran ahorro de energías por la mecanización que supone y por el descanso del sistema nervioso, que no trabaja en los movimientos reflejos, instintivos o automáticos, lo mismo que en los voluntarios.

La madurez técnica del torero no es cosa del primer día. Llega cuando ha toreado mucho, y la experiencia adquirida, supuestas las personales cualidades, le hacen ser un verdadero maestro; pero si el ejercicio continuado de la profesión beneficia el aspecto técnico del torero, le perjudica físicamente si de antemano no ha tomado las medidas oportunas para evitarlo. Puede sen-

se un maestro en la técnica del torero; pero agotado físicamente para responder en la lucha entablada en el ruedo, no responderá a sus propósitos las propias facultades físicas, recurre a retirarse cuando precisamente la madurez técnica, la experiencia profesional, podría llevarle a alcanzar triunfos que muchas veces no logró en su juventud.

No olvidemos que el torero nace, pero con facultades y voluntad también se hace.

El ejercicio físico, efectuado de una manera razonada, bien dirigido, completado con los ejercicios de aplicación que a la profesión taurina pueden acoplarse, constituiría un sencillo método que la práctica iría aconsejando. Sentado así el precedente de que los ejercicios físicos, convenientemente reglamentados, favorecen y revalorizan la profesión del torero, otras naciones irían haciéndose eco de esto para sus espadas. Con ello España, donde el torero está consagrado, sería una vez más adelantada en el arte de la lidia.

¿Puede triunfar un

torero si físicamente no le responden los músculos cuando él los quiera mandar o contraer? Yo creo que no. Luego lo primero que debe hacer es tener confianza en sí mismo, dominio de sus facultades físicas para poder realizar con éxito y eficacia el ejercicio de la profesión. Un cojo no torea porque no puede correr en un momento de peligro. Un obeso tampoco puede torear porque, además de resultar grotesca su figura, no podría saltar la barrera cuando el caso lo requiere. Luego debe quedar sentado que el torero ha de conservar la línea física para poder dotar a su arte de la indispensable gracia, belleza, buen gusto y finura que la propia profesión requiere. El torero ha de tener perfección física, dotar de armonía a sus movimientos y de elegancia naturalidad a todos los lances del torero. Ha de ser ágil, alegre y flexible en la ejecución de las distintas suertes para contagiar de entusiasmo a los espectadores —sorprendidos no sólo por la técnica, sino también por la gracia y elegancia en la ejecución de esta suerte—; el torero ha de someterse a la disciplina de los ejercicios que la gimnasia pueda aconsejar. Y teniendo en cuenta que el vestido del torero, por su peso y su forma,

limita un tanto sus movimientos, habrá de conseguir la debida amplitud en los ejercicios gimnásticos para suplir esta limitación.

Se dan a conocer unas fotografías y dibujos mediante los cuales se pone de manifiesto la semejanza que existe entre algunos de los ejercicios de gimnasia y los diversos pases de un torero en las distintas faenas.

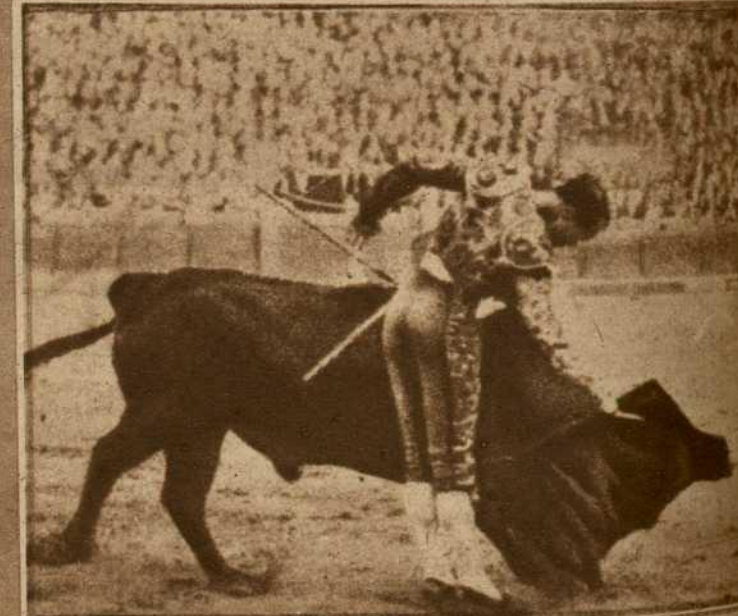
Teniendo en cuenta que por ahora existe dificultad de dar una clase colectiva en la lección de gimnasia aplicada al torero, habrían de suprimirse los ejercicios de orden, considerando sólo los preparatorios, los fundamentales y los finales. Estos,



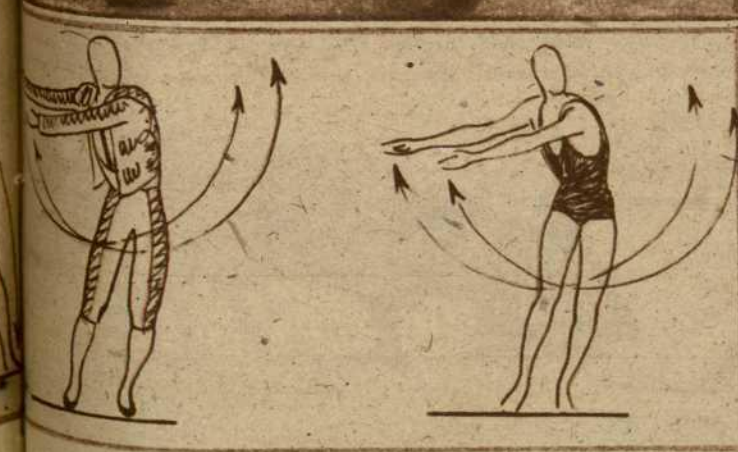
Cambio de frente por detrás



Desplante



Derechazo



Ayudado

claro está, como norma general aplicable a todos los toreros que deben practicar la gimnasia educativa; pero el número de tipos distintos impone la necesidad de aplicar a cada caso especiales ejercicios de aplicación.

Podríamos anotar fácilmente los deportes y los juegos recreativos y de aplicación que pueden deducirse de esta simpática y varonil profesión del torero, pero no lo hacemos por no extendernos más en su detalle.

Sin embargo, ya queda anotada de manera clara la relación de algunas de las facetas que en el arte de torear se refieren a otros tantos movimientos gimnásticos.

Y no es sólo lo curioso del caso lo que nos guía a extendernos sobre estos motivos, sino su perfecto encaje y la necesidad y ventajas que representa para el torero el someterse a esta clase de ejercicios que redundan directamente en beneficio de su organismo y de su arte, ya que se adquiere esa soltura y precisión tan necesarias en un arte en el que el peligro juega uno de los papeles más importantes.

Pero, en fin, por hoy es bastante. Esta ligera impresión sobre los ejercicios gimnásticos aplicados al torero bastan para dar una idea de las ventajas que esto representa para los toreros.

ALONSO DOVAL (Profesor de Educación Física)

Los ases de espadas

FINITO DE VALLADOLID FUE UN DEPURADO ESTOQUEADOR

EN todas las épocas del toreo, los buenos estoqueadores han sido muy escasos. Siempre contó la fiesta con más toreros que matadores clásicos. No en balde a torear puede aprender cualquiera que posea intuición y nociones del sentido artístico. En cambio, el matador nace, no se hace.

No seremos nosotros quienes se atrevan a negar que hoy se torea mejor que antes; que se hacen más cosas al toro, que esas cosas se hacen en terrenos de verdadero compromiso, pero también es no menos cierto que en nuestros días se mata pronto; pero casi siempre mal.

Sin tener que remontarnos a Costillares, ni a Frascuelo, a Mazzantini, ni al Algabefío, con bastante menos rango y sin salirse nunca de un ambiente más modesto, Alfonso Gómez Moro, Finito de Valladolid para el planeta taurino, puede ufanarse de haber figurado entre los buenos estoqueadores de su época.

Arrojo y valentía, principales características de su toreo; serenidad y dominio, altivez y tranquilidad, ahí radicó el secreto de sus triunfos y el donaire de su estilo.

En la fragancia del ambiente vallisoletano, tan cargado de manifestaciones artísticas, Gómez Moro fué templando sus juveniles entusiasmos.

La familia, si no disfrutó de riquezas, estuvo siempre considerada entre las bien acomodadas.

El padre, contratista de obras, murió cuando Alfonso contaba cinco primaveras. Poseía la madre, desde largo tiempo, un almacén de frutas, que en fuerza de honradez y perseverante labor daba lo suficiente para mantener con desahogo y hasta con hólcura las necesidades de una casa compuesta por la viuda y tres hijos.

Avido de correr los azares del toreo, contra toda la influencia familiar y frente a los seres más queridos, se lanza en pos de la aventura.

Por lo pronto, hurtándose de las horas de descanso, escala cada noche las tapias del matadero municipal para dar cuantos capotazos puede a las reses destinadas al sacrificio.

Cierta noche es sorprendido por los cancerberos y obligado a pasar unas horas en los calabozos de la Comisaría.

Su carrera profesional comienza en las cañas de Tudela de Duero. Al año siguiente —1918— consigue vestir por vez primera los arcos del oficio. El suceso tiene lugar en Castrojérez (Burgos). Ni las malas condiciones de un ganado architoreado, ni las veintitrés arrobadas del bicho, amilanan los arrestos del neófito.

Por esos pueblos va adquiriendo sólida fama de valiente, cualidad que confirma una tarde en la Plaza tetuaní ante un morlaco que no distaba mucho de dar con los pitones en el palco presidencial.

Toreó valiente, derrochó arte, y a la hora suprema, perfilándose con el estoque, se empinó cuanto pudo para ver el morrillo. Inútil empeño, porque la estatura del vallisoletano, con no ser despreciable, resultaba minúscula ante aquella mole.

Finito, teniendo presente que en aquel momento se jugaba muchas cosas, y sobre todo el logro de sus ilusiones, recto, desgracia, en corto, doblándose sobre el pitón, hundió el acero hasta la empuñadura en el hoyo de las agujas.



Una magnífica estocada del que fué gran torero y fácil matador Finito de Valladolid

La gente, que electrizada había saboreado el momento, consiguió para el héroe las dos orejas, llevándolo en triunfo por las calles. Actúa tres domingos consecutivos y tripleca el lisonjero resultado de su debut.

Ha superado los obstáculos primeros, pero todavía queda mucho camino por recorrer. Su tozudez es un hacha de dos filos con la que intenta abrir brecha en las pasivas resistencias de las grandes Empresas.

Al fin, el 21 de agosto de 1921, logra salir en Madrid en una nocturna con picadores. Se comporta discretamente, y de nuevo otro paréntesis

—de seis años nada menos— hasta conseguir otro contrato en la capital de España. En el primer toro queda bien, y en el segundo, a cambio de banderillar colosalmente, de instrumentar gran faena de muleta y de matar recibiendo, le conceden la oreja.

Esta vez es la Empresa la que le busca y le mima para que toree tres novilladas. Se celebran en días laborables, pero es tal el revuelo armado por el torerito de Valladolid, que el cartel de «No hay billetes» surge en las tres corridas. En dos corta orejas de nuevo.

En Valencia consigue un gran triunfo con un toro que había sido conderado a volver a los corrales.

Va a Caracas contratado para tres corridas y actúa en catorce, nueve en la capital. En una de ellas Luis Freg le arma caballero de la torería, y en competencia noblé rivalizan los dos consumados estoqueadores.

El año 28 vuelve a España, siendo recibido en forma apoteósica por sus paisanos. Menean los banquetes, y por suscripción entre los aficionados se recauda para hacerle una reproducción en bronce. Aquel año toma parte en 28 novilladas.

Se desanima al comprobar cómo la prometeda confirmación se va demorando. Toda su vida esforzada por ahincar su personalidad se va desechando como vejigas de nieblas cimera...

En 1939 aun intenta mantenerse en la brecha. Toreo en Valladolid, con Torerito de Málaga y Paco Céster, ganado de Germán Gamazo. Corta dos orejas, pero es muy tarde para competir con la promoción de nuevos valores.

Se coloca de banderillero con los chicos de Dominguín. Después se hace apoderado. Pronto demuestra gran tino e inteligencia en su nuevo menester. A los primogénitos de Niño de la Palma y Cagancho y a Pepín Martín Vázquez los encauza diestramente, y de becerristas los lleva a vestir la casaquilla de novilleros.

En la actualidad representa a Julián Marín, al que también sacó del anonimato. Torero y representante constituyen un raro ejemplo de compenetración y constancia. Asimismo se ocupa de tres novilleros: Eleuterio Fauró, Pedro Moreño e Isidro Marín, hermano de Julián, que este año se dispone a seguir el ejemplo de aquél.

Poco espacio queda ya para reflejar las impresiones que la fiesta le merece a Finito en su actual momento. Supone que este año se lidiarán bastantes corridas menos que en la anterior temporada. Como quiera que los ases parece ser no lleguen hasta muy avanzada la primavera, esto traerá cierto desánimo de las Empresas para montar corridas.

Entiende Finito que estamos abocados a pasar por una época de gran carestía de ganado. El problema se acentuará dentro de dos o tres años, debido a la defectuosa alimentación de las vacas. Prueba de ello es que hoy se ven toros cuatrefíos en las dehesas con 140 kilos.— F.

ACEYTE YNGLES



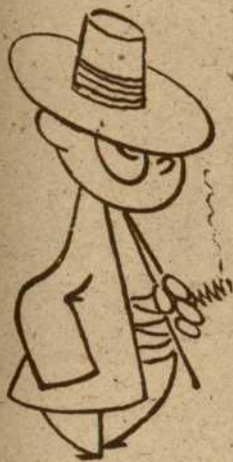
PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150



Finito de Valladolid en una corrida goyesca, dispuesto a descabellar

CADA SIETE DIAS, UNA VARA



¡Habrá que arrimarse!

Ahora resulta que hay una Plaza en España que anuncia que, en vista de que aún no han llegado los ases, ha decidido cerrar hasta que ellos estén aquí.

Como resulta, por otra parte, que cuando finalizaba la temporada pasada habíamos llegado a la conclusión de que no eran necesarias las figuras excepcionales para formar un cartel y llenar una Plaza, y para ello se tomaba como ejemplo una serie de corridas entre las que figuraba la última celebrada en Madrid, y como todo el mundo parecía estar de acuerdo con esto, ahora, de buenas a primeras, nos vemos sumergidos en un profundo mar de confusiones. ¿Hacen falta los ases o no hacen

falta? Por las tierras levantinas parecen decir que sí; pero nosotros creemos que, en definitiva, quienes tienen que contestar a esta pregunta son aquellos toreros que no son de la categoría excepcional.

Pero contestar en el ruedo —en el centro, junto a las tablas— y sin palabras.

Que en este caso sobran.
Basta con arrimarse.

UNA ANECDOTA A LA SEMANA

La vida es efímera

EN una de las corridas en que actuó Juan Belmonte en San Sebastián, el diestro de Triana no había estado a la altura que su nombre y su historia exigían. Como ya esto mismo había sucedido en Pamplona, donde actuara antes, en una reunión en casa de don Sabino Ucelayeta, empresario de la Plaza de la bella ciudad guipuzcoana, a la que asistió Terremoto, se comentaba la apatía del diestro.

Y como Ucelayeta añadiese, dirigiéndose al torero, que no convenía dormirse en los laureles, y que él —Belmonte— estaba obligado más que nadie a satisfacer al público, lo mismo en Madrid que en provincias, el trianero, impasible y con cierto aire filosófico, le contestó:

—Pero, don Sabino, ¿justé no se ha dado cuenta que la vida es efímera?



¡Para la SOMBRA y el SOL!

PLAZA DE TOROS DE ALCALA DE HENARES

(Completamente reformada)

EL DOMINGO 7 ABRIL, 5 TARDE
INAUGURACION TEMPORADA

SEIS toros

de D. Juan Guardiola, de Sevilla, para

ARMILLITA

ANTONIO

BIENVENIDA

y

PARRITÁ

La Empresa abrirá una taquilla en Madrid, Jardines, 35 (esquina Peligros), mañana, viernes, donde también se pueden adquirir los billetes de ferrocarril para un tren que saldrá de Madrid a las 15 horas y de Alcalá a las 20,50. Además se despacharán localidades y billetes de ferrocarril en las Agencias autorizadas «La Teatral», «Sol y Sombra» y «La Oreja de Oro».

LOS NIÑOS, EN EL TENDIDO



Ya no es la primera vez que asoman su graciosa carilla los pequeños a esta ventanilla. Pero hasta hoy, han sido sus propios padres los encargados de enviarnos las fotografías con la pretensión de que se les publicase. Hoy somos nosotros quienes, al azar, elegimos esta instantánea de una corrida celebrada la temporada pasada.

Pero el motivo que nos guía en esta ocasión a presentar estos dos bebés al lector no es publicitario. Es decir, que hoy no vamos a cantar las excelencias de los chiquillos ni a predecirles unos rápidos y clamorosos triunfos en el toreo.

Hoy lo que vamos a encomiar es la afición extraordinaria de estas dos mamás, capaces de aguantar una corrida sosteniendo sobre su regazo a estos dos rollizos infantes. Porque hay que ver lo que debe de ser eso.

Y mucho más si la corrida es mala.

Aunque, si el festejo sale bien, quizá tenga peores consecuencias. Porque, ¿y si los tiran al ruedo para premiar la labor del espada?



El marqués de Villabragima y Juan Belmonte descansan después de las duras faenas de acoso

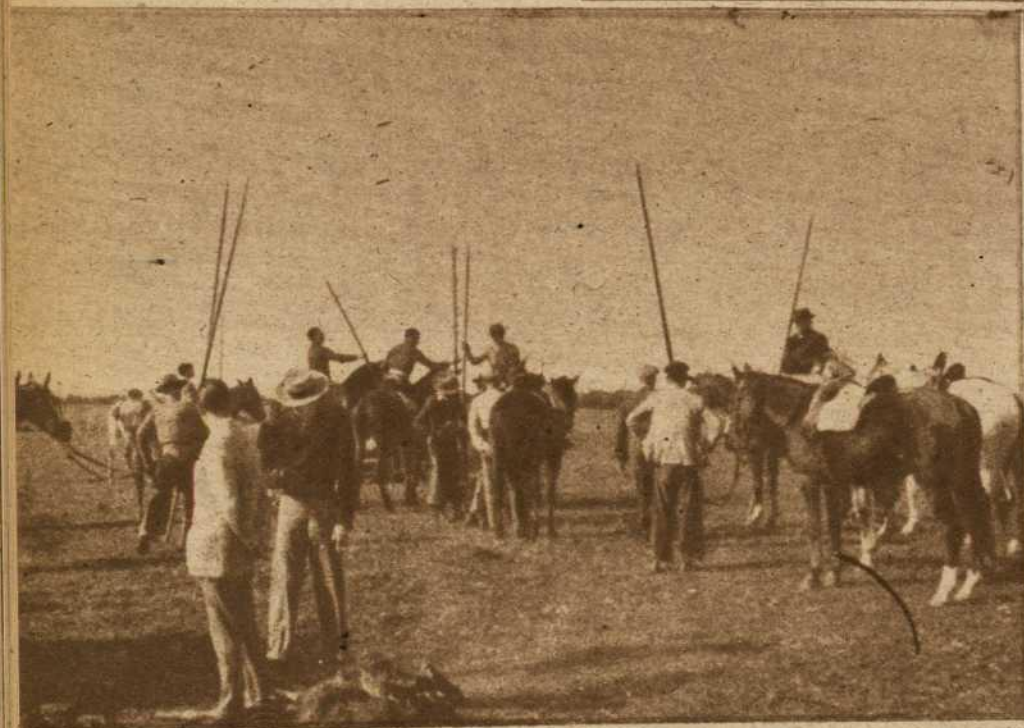


Domecq, Luis Miguel Dominguín, el duque de Pinohermoso y Juan Belmonte, con unos amigos que tomaron parte en la fiesta



Otro grupo en el que también figura Belmonte en compañía del marqués de Villabragima y el duque de Pinohermoso

Acoso, derribo y tianta en VEGA BLANQUILLA

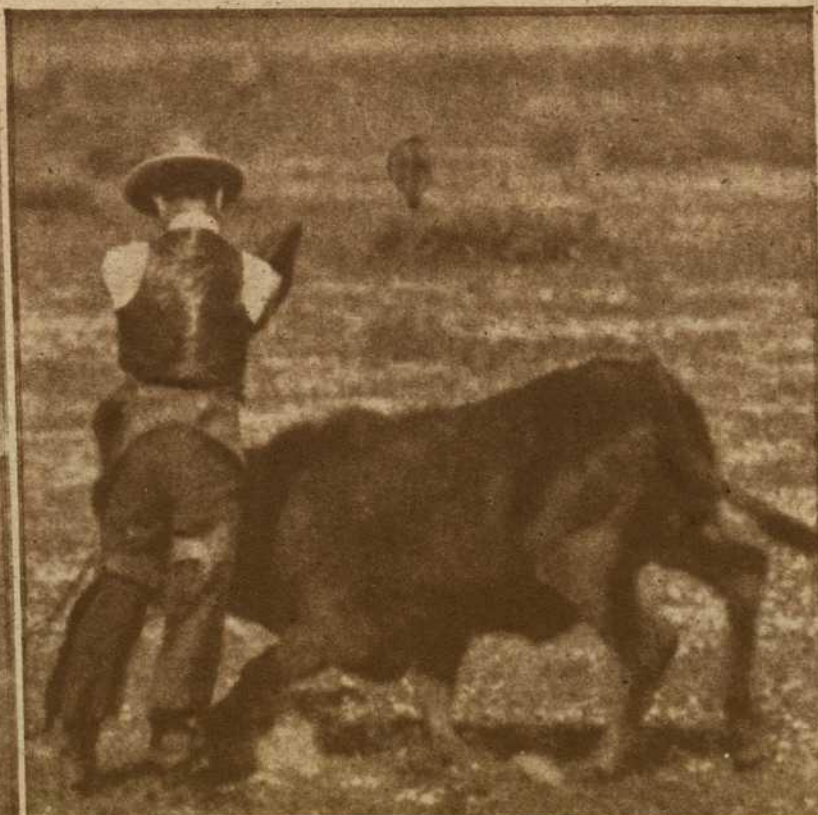
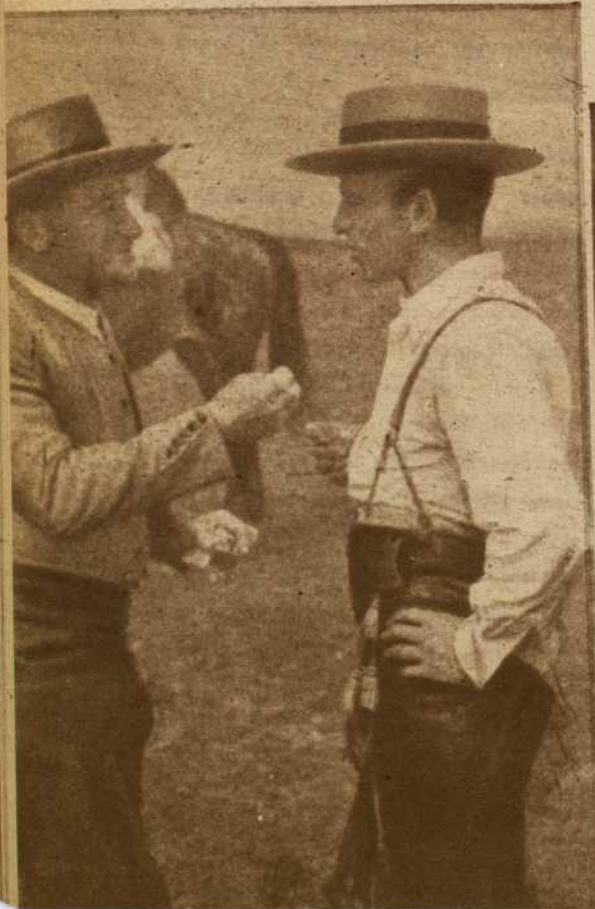


Va a comenzar la faena de acoso, y los garrochistas se preparan para intervenir



Después de dispuestos para la faena, los garrochistas salen del cortijo, camino del corredero

A la izquierda: El marqués de Villabragima y Domecq.—En el centro: Pedro Domecq en un mulatazo.—A la derecha: Luis Miguel Dominguín en una manoletina (Fotos Mari)





El toro, en la marisma
(Dibujo de Enrique Segura)



Toreros célebres: María Montalvo, Manolita
(Dibujo de Enrique Segura)